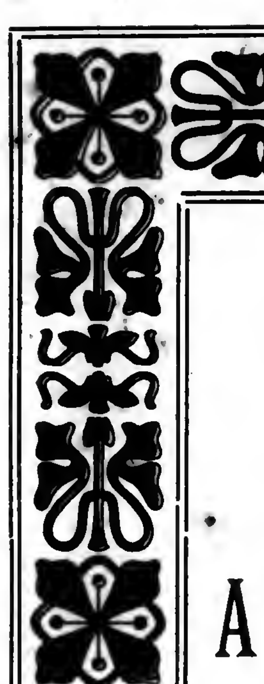
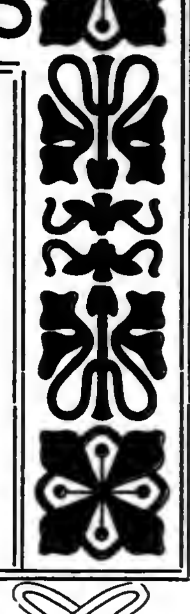



# SOLEMNE RECEPCION

DEL

ILMO. Y RVMO. SR. DR. D.

# Alberto María Ordóñez Crespo

EN LA

DIOCESIS DE IBARRA

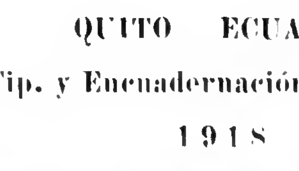
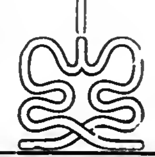


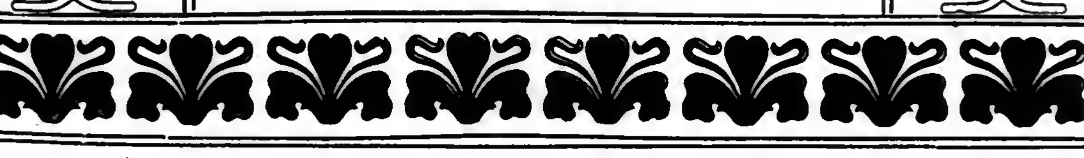


QUITO ECUADOR

Tip. y Encuadernación Salesianas

1918



# SOLEMNE RECEPCION

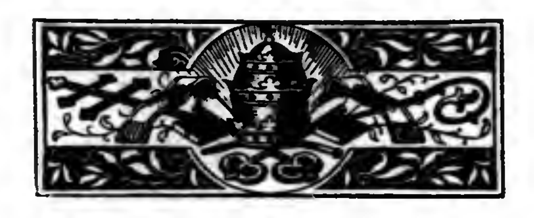
DEL

ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR DOCTOR DON

# ALBERTO MARIA ORDOÑEZ CRESPO

EN LA

## DIOCESIS DE IBARRA



QUITO — ECUADOR

Tipografía y Encuadernación Salesianas

1918

# D. O. M.

QUOD . PIETATIS . SIT

HONORIS . OFFICII . QUE . CAUSA

LONGE . COLENDISSIMO

**ALBERTO MARIÆ ORDOÑEZ ET CRESPO**

CONCHENSI . IN . CAPITULO . THEOLOGO . EGREGIO

ALMA . IN . URBE . HUMANIS . DIVINIS . QUE . LITTERIS

QUAM . DILIGENTISSIME . EXCULTO

BIS . LAUREATO . AC . SACERDOTALI . HONORE . INSIGNITO

AD . EPISCOPALEM . TANDEM . IBARRENSIUM . SEDEM

**BENEDICTO XV . PONTIFICE . MAXIMO**

FELICITER . ASSUMPTO

QUA . DIE . SACERDOTII . PLENITUDINEM . ACCEPIT

FORTUNATÆ . DIŒCESEOS . CLERUS . POPULUS . QUE

NOVO . ECCLESIÆ PRINCIPI . IBARRÆ . OPTIMO . PARENTI

OBSEQUENTISSIMI

V KAL. NOV. A. R. S. CIↃ IↃCCCC XVII.

# D. O. M.

HOMENAJE DEBIDO DE VENERACION Y HONOR

TRIBUTADO AL REVERENDISIMO DOCTOR

DON ALBERTO MARIA ORDOÑEZ Y CRESPO

ESCLARECIDO TEOLOGAL DE LA CATEDRAL DE CUENCA

ESMERADAMENTE ILUSTRADO EN LAS CIENCIAS SAGRADAS Y PROFANAS

EN EL ALMA CIUDAD DE ROMA

DOS VECES LAUREADO

HONRADO CON EL SACERDOCIO

Y ULTIMAMENTE ELEVADO POR NUESTRO SANTISIMO PADRE

EL SUMO PONTIFICE BENEDICTO XV

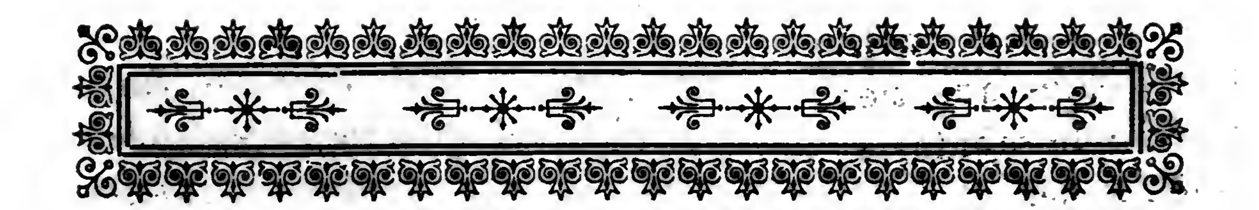
AL OBISPADO DE IBARRA

EL CLERO Y EL PUEBLO DE TAN VENTUROSA DIOCESIS

RENDIDISIMOS A SU INMEJORABLE PADRE Y NUEVO PRINCIPE DE LA IGLESIA

EN EL DIA EN QUE RECIBIO LA PLENITUD DEL SACERDOCIO.

A. R. S. CIↃ IↃCCCC XVII.



# ILLUSTRISSIMI AC MERITISSIMI DOMINI DOMINI

# ALBERTI ORDOÑEZ ET CRESPO

IBARRENSIS PRAESULIS RENUNTIATI

## BIOGRAPHICA SYNOPSIS

*Dei providentis esse, atque Ecclesiae prospicientis suae, fidelibus ubique terrarum populis optimos praeficere pastores; tantoque eosdem aptandos muneri, et naturae donis affatim, et coelestis gratiae ubertate praevenire, cumulare,*

---

RESEÑA BIOGRAFICA

DEL

## Ilmo. y Rvmo. Dr. Dn. Alberto Ordóñez y Crespo

OBISPO ELECTO DE IBARRA

Verdad bien sabida y probada es que la Divina Providencia, que vela sobre su Iglesia en todo el mundo, confía el gobierno de los pueblos fieles a Pastores escogidos, habilitándoles para tan alto ministerio con pingüe tesoro de prendas naturales y de gracias del Cielo,

*perficere, compertum cuique semper exploratumque fuit. Tot enim optimi pastoris partes: tot munera adimplenda; tanta tenetur doctrinae copia et perspicuitate veritatem propugnare atque tueri; morum honestati invigilare; effrenatam improborum audaciam erecta fronte propulsare et retundere; curasque omnes creditae gregi omnino impendere, omnibusque tandem, ceu parens, praesto esse; ut quisquis sacrorum antistes adligitur, eo ipso, et sapientia conspicuus, et virtutum laude florens, et in gerendis peritiá praecellens sit oportet.—Id nostrae ibarrensi obtigisse Diocesi, haud dudum palam factum est, in aureo scilicet ab ejusdem erectione jubilaeo. Quotquot enim huic hucusque Ecclesiae Praesules praefuere, optima jure, tot eorum recensitis meritis, ac rebus praeclare gestis, posteritatis memoriae, laudibus, venerationi traditi sunt. Huic vero, quam paulo*

---

que les disponen, engrandecen y perfeccionan. Han de ser tantas las cualidades del buen pastor, cuantos son los deberes que tiene que cumplir: porque él es quien, repleto de sabiduría, ha de enseñar y defender la verdad con lucidez; él quien ha de velar por las buenas costumbres; el quién con frente erguida, ha de repeler y quebrantar la osadía y desenfreno de los perversos; él ha de consagrar todos sus cuidados a la grey que se le confió y por fin, como un padre, ser para todos. Por esto, quien es elegido para el sagrado ministerio episcopal preciso es que sea esclarecido por su sabiduría, floreciente en virtudes y sobremanera diestro en gobernar. Se probó ya que nuestra Diócesis ha logrado tan alto bien en el áureo jubileo de su erección. Cuantos Prelados rigieron esta Diócesis hasta el presente han pasado a la memoria de la posteridad como dignos de veneración y alabanza, con pleno derecho, si enumeramos sus merecimientos y sus gloriosas obras. Como nuevo

*superius memoravimus, solatii plenae atque gratissimae veritati—novo veluti argumento haud parum addidit roboris spectatissimi Alberti Mariae Ordoñez et Crespo in ibarrensium antistitem evectio. Quo quidem id omnibus clarius patescat, de ejusdem adlecti Praesulis anteactae vitae ratione atque institutis aliquid proludere, peropportunum nobis visum est atque consentaneum.*

*Praecipuas inter Rei nostrae publicae, Conchensis Urbs jure merito recensetur: et natura et situ opulenta; civium etiam cultura et humanitate conspicua; et artibus et scientiis adeo florentissima numquam non egregia summorum virorum corona redimita; tum "Athenarum Aequatoriensium" nomine dudum dictitari; tum augustissimo Christi Corporis mysterio antiquo foedere devincta et mancipata "Eucharistica" glorioso cognomento passim ab omnibus salutari coepit. Conchensi igitur, municipio,*

---

argumento que comprueba la verdad tan dulce y consoladora que acabamos de enunciar, viene la elección del Ilmo. Dr. D. Alberto María Ordóñez Crespo a la sede episcopal de Ibarra. Para que todos le conozcan nos ha parecido oportuno y conveniente dar esta reseña biográfica del Prelado electo.

La ciudad de Cuenca, es con razón, contada entre las principales de nuestra República ya por sus riquezas naturales y por su privilegiada situación, ya por la educación y distinguida cultura de sus habitantes, como igualmente por las artes y ciencias en ella tan florecientes, que vive siempre con su frente ceñida de una honrosa guirnalda de varones eminentes, por lo quo se la suele llamar la *Atenas del Ecuador,* y en los años últimos la saludan todos con el sobrenombre glorioso de *Eucarística,* por su consagración y antigua alianza que la ligan al augusto misterio del Cuerpo de Cristo. Al-

*ortus est* **Albertus María Ordoñez et Crespo** *in parentum praedio, cui nomen:* «LA VICTORIA», *non longe ab urbe, A. S. labente octingentesimo septuagesimo secundo supra millesimum, altera die mensis Novembris, quae tunc auspicato hebdomadae septima — Deiparae nempe sacra — incidit; in ejusdem loci privato sacello — quatriduo post, a pio aeque ac insigni Josepho Antonio Piedra, Conchensi Canonico, annuente Praesule, ac Michaele Ordoñez lustrico patrono atque sponsore—sacro fonte tinctus. Patre usus est cui nomen Emmanuel, tum generis nobilitate, rei familiarie copia, honestisque laboribus conspicuo; tum maxime vitae probitate summaque erga Deum religione praestante. Mater vero —* **Amalia Crespo** *— pari nobilitate spectabilis atque pientissima femina, in filiis instituendis assidua, in eisdem optime a Deo remunerata; quippe quae lectissimos ipsi palmites suos—vitis abundans—con-*

---

BERTO MARÍA ORDÓÑEZ nació, pues, en el municipio de Cuenca, en la hacienda de sus padres llamada La *"Victoria"*, no muy lejos de la ciudad, un dos de Noviembre del año mil ochocientos setenta y dos, día sábado consagrado a María; con permiso del Obispo fué bautizado cuatro días después, en el oratorio doméstico de la misma hacienda, por el tan piadoso cuanto distinguido Sr. Canónigo de Cuenca Dr. D. José Antonio Piedra, siendo padrino y fiador el Sr. D. Miguel Ordóñez. Fué su padre D. Manuel Ordóñez de familia distinguida por su opulenta fortuna, notable por su honradez, laboriosidad y sobre todo por la probidad de sus costumbres y por su sólida piedad. Fué su madre la Sra. Dña. Amalia Crespo, matrona de noble alcurnia y eminente piedad; consagrada a la educación de sus hijos; fué por Dios en ellos recompensada, pues logró, cual ubérrima vid, dar al Señor estos sus escogidos pámpanos: Alber

*secrare meruit: Albertum, nempe, sacerdotio mancipatum: tres item filias, quarum altera — Amalia Illi Nomen — Carmelitarum regulam professa; altera — Laetitia Nuncupata — inter Sanctimoniales a Providentia recensita; tertia vero cui Dolores Nomen Inditum Sacratissimorun Cordium Institutum amplexa ibidem, viginti annos nata, qua die sollemnia sua Deo vota reddidit, optabilem adeo mortem oppetiit. De coeteris hujus conjugii liberis, annumerandi veniunt: Emmanuel, Paulus, Richardus, Benignus, Guillelmus, Aloysius, Franciscus, Mathildes, Elisabeth, Virginia; omnes quidem connubio devincti, uno Francisco, undeviginti annorum, dempto, qui coelibem adhuc vitam degit. Fuit et puellula annorum novem,* ROSARIO *nomine, cui ipsamet die coelo nasci contigit, qua ad sacram primum Synaxim accesit....* ALBERTUS *igitur, opportuno tempore, a venerandae memoriae antistite, Remigio Esteves de Thoral sacro oleo ad christianae*

---

to que abrazó el sacerdocio, y tres hijas, de las cuales la primera llamada también Amalia, es Carmelita profesa; la segunda, llamada Leticia, es religiosa en el Instituto de la Providencia; la tercera, cuyo nombre es Dolores, abrazó el Instituto de los Sagrados Corazones y a la edad de veinte años, el día en que pronunció sus votos solemnes, se extinguió con envidiable muerte. Los demás hijos de este matrimonio son los que enumeramos en seguida: Manuel, Pablo, Ricardo, Benigno, Guillermo, Luis, Francisco, Matilde, Isabel y Virginia, todos casados, menos Francisco de diez y nueve años, aun soltero. Una niña que se llamó Rosario, de nueve años, logró nacer al cielo el mismo día de su primera Comunión.... Muy niño fué Alberto ungido con el Oleo Santo de los cristianos militantes por el Ilmo. Sr. Remigio Esteves de Toral, venerando Obispo de piadosa

*palaestrae certamina rite initiatus; ac diligenti parentum cura ingenuam pueritiam beneque moratam egit; vixque per aetatem licuit, Christianarum Fratribus Scholarum, primis scientiarum rudimentis imbuendus traditur; qui, ut erat ingenio praestans, et in labore, vel a puero, assiduus et morum suavitate floreret, ut praeceptoribus charus, sic et aequalibus exemplo fuit, atque ad optima quaeque, incitamento. Duodennis, adnitente imprimis Illustríssimo Josepho Ignatio Ordoñez, patruo suo, Quitensi Metropolita, eodemque auspice et comite, in Urbem sese contulit, ibidemque apud celeberrimum a Pío IX, pro America Latina conditum Collegium, humanioribus litteris, atque omnibus iis disciplinis, quibus, hisce temporibus, studiosa juventa impertiri debet, operam posuit; eo succesu, uti nullum fere sit studiorum genus, in quo non fuisset plurimun versatus, ac praecipuos non semel honores in tanta*

---

memoria. Pasó su candorosa infancia guiado y esmeradamente cuidado por sus padres, que le pusieron en la Escuela de los Hermanos cristianos, temprano, para formarle en los principios de la ciencia tan luego como su edad lo permitió. En ella se distinguió por su inteligencia, aplicación, asiduidad y dulzura de carácter, siendo por lo mismo tan apreciado de sus maestros cuanto ejemplar para con sus compañeros y un estímulo para todo lo bueno. A los doce años, por empeño especial de su tío, el Ilmo. Dr. D. José Ignacio Ordóñez Arzobispo de Quito, y con su amparo y compañía se trasladó a Roma y se dedicó, en el celebérrimo Colegio fundado por Pío IX para la América Latina, al estudio de Humanidades y más conocimientos que necesita en estos tiempos la juventud estudiosa; hízolo con tan buen éxito que casi no hay ramo de estudios en que no estuviese adiestrado, habiéndo obtenido repetidas veces

*tamque lectisima totius Americae juvenum frequentia, et ingenii acumine, et morum integritate, seduloque labore sibi gloriose comparaverit. In latinos aureae aetatis scriptores singulari ferevatur studio; quorum quidem sermonis et loquendi et scribendi peritisimus evasit, complura ex iisdem probalissimis auctoribus et soluta oratione et metro adscripta memoria retinens. Cujus rei praeclarum extat argumentum. Cum enim praefato Archipraesule quitensi duce ac comite, coram egregio Pontifice Leone XIII sisteret incredibili hic benevolentia conchensi Levitae permulcens, rationem sibi ab eodem de peractis studiis reddendam postulavit: quodque magis mirere, recitare praecipit quaedam mantuani Vatis carmina: morem illo gerente Pontifice, eundem Pontifex Aeneidos locum, quem, in hujusmodi operibus longe versatissimus, memoria et ipsemet, a puero, tenebat, ore rotundo recitando perrexit.*

---

los puestos más distinguidos por su talento sobresaliente, intachable conducta y esmerada laboriosidad, en aquella numerosa concurrencia de la más florida juventud de la América. Profesaba particular afición a los autores Latinos de la edad de oro, en cuyo lenguaje y estilo llegó a estar muy versado, por haber atesorado en su memoria muchos pasajes, en prosa y en verso, de los más selectos escritores, de que dió una prueba muy lucida: pues llevado por el ya mencionado Arzobispo de Quito a la presencia del esclarecido Pontífice León XIII, como el Papa, con imponderable amabilidad, acariciara al Levita conquense y le pidiese razón de sus estudios, y lo que es más de admirar, le hubiese mandado repetir algunos versos del Cisne de Mantua, complaciendo el seminarista al Pontífice, siguió éste declamando ese mismo lugar de la Eneida, como profundo conocedor de ese poema, que también él había aprendido de me-

*Anno millesimo octingentesimo nonagesimo, domesticis id rebus postulantibus, in Patriam reversus, Conchensi in Seminario physicis notionibus comparandis adlaboravit. Negotiis vero expeditis, Romam iterum proficiscitur, eodem in gymnasio Pio Latino Americano Theologiae, tum morali, tum dogmaticae, coeterisque ecclesiasticis scientiis operam daturus: quod quidem, juxta vota, spectatissimis magistris, praestitit; quos inter Jannuarius Bucceroni et Billot, nunc sacra donatus purpura, eminebant: haerumque omnium curriculum scientiarum, maxima cum laude, emensus, in amplissima Gregoriana Universitate, plaudentibus omnibus theologica laurea fuit insignitus.*

*Interea sic optime paratus, Deo, ab ineunte aetate, vocanti atque jubenti obtemperare tandem constituit, sese sacerdotio mancipando, quod ei in votis fuerat maximis, atque deliciis. Igitur, exeunte anno millesimo octingen-*

---

moria desde niño. Regresó a la patria el año 1890, por exigirlo así las ocurrencias domésticas, y se dedicó al estudio de la Física, en el seminario de Cuenca, pero una vez obviadas las dificultades partió de nuevo a Roma, para darse en el mismo Colegio Pío Latino Americano a la Teología moral, a la Dogmática y a las demás ciencias eclesiásticas, estudios que hizo como lo deseaba, con distinguidísimos Profesores, entre los que descuellan Januario Bucceroni y Billot, hoy cardenal; concluyó sus estudios con grande aplauso, graduándose en Teología en la augustísima Universidad Gregoriana.

Tan esmeradamente preparado resolvió abrazar el sacerdocio para seguir la voz de Dios, que desde los primeros años le llamaba, mandándole ingresar al sacerdocio por el que anhelaba como sus mayores delicias. A fines de 1896, el mes de Diciembre en la Basílica

*tesimo nonagesimo sexto mensi Decembri in Lateranensi Basilica, omnium ubique catholici orbis ecclesiarum parente, ab Emmo. Lucido Maria Cardenali Parocchi, tum temporis memorati Pontificis generali Vicario, sacris sollemniter est initiatus, atque in ejusdem piani Collegii aede, coelesti primum victima libaturus aram ascendit. Nec dubium quin Romae tot inter, tantaque, tamque insignia Rei Christianae monumenta rem divinam peragens mira dulcedine perfunderetur, coelestique pabulo sacerdotalis ejus pietas magis in dies magisque nutriretur. Biennio et amplius—post susceptum sacerdotium in Urbe commoratus, plurimun laboris atque operae in jure canonico addiscendo posuit, magistro usus longe praestantissimo—Francisco Xaverio Wernz, universalis postea Societatis Jesu, praeposito Generali; tantoque duce, eo progressus,*

---

de Letrán, Matriz de todas las iglesias del orbe católico, recibió las sagradas órdenes de manos del eminentísimo Cardenal Lúcido María Parochi a la sazón Vicario General del ya mencionado Pontífice; subió al altar y ofreció por primera vez la Víctima Celeste en el oratorio del mismo Colegio Piano. No hay duda de que al celebrar los divinos misterios en Roma, rodeado de tantos y tan insignes monumentos de la Religión Cristiana, se haya sentido penetrado de maravillosa dulzura y haya ido acrecentándose diariamente su piedad sacerdotal, nutrida con el Pan del cielo. Permaneció más de dos años en Roma después de ordenado sacerdote, dedicado con todo empeño al estudio del Derecho Canónico, bajo la dirección del preclaro Profesor P. Francisco Javier Werns, más tarde Prepósito General de la Compañía de Jesús; bajo tan esclarecidos auspicios hizo también grandes progresos en esta ciencia, en

*uti hujus etiam scientiae pari merito—pari acclamatione, parique laude lauream meruerit obtinere....*

*Ne quid vero animi culturam deesset, Italicis atque Helveticis quaquaversus regionibus peragratis, in Galliam est profectus, praecipuas tantae gentis, adeoque bene de Re christiana meritae, civitates ac monumenta lustraturus.*

*Plenario Latinorum Americae peracto Concilio, ab archiepiscopo quitensi Petro Raphaeli Gonzalez et Calixto Romae tunc degente, cujus jurisdictioni adscriptus fuerat, dimissoriales litteras non nisi aegerrime impetravit. Tum vero ad suos—post longam, quindecim annorum absentiam reversurus, Genua vela fecit, Bonoaerensem civitatem versus. Quo in itinere — Emmanuele Maria Polit, usus est comite, cujus consuetudine florebat. Oceano feliciter lecto atque argentini fluminis oris, necnon orientalis Reipublicae et Chilianis et Peruvianis plagis perlustratis, sospes*

---

la que logró graduarse con bien merecidos aplausos y alabanzas.

Para completar su ilustración, después de recorrer Italia y Suiza, en todos sentidos, pasó a Francia para conocer las principales ciudades, de aquella gran Nación tan benemérita de la Religión Cristiana.

Clausurado el Concilio Plenario de la América Latina, como se hallase aun en Roma el Ilmo. Arzobispo de Quito Dr. D. Pedro Rafael González y Calixto a cuya jurisdicción pertenecía, obtuvo con mucha dificultad sus dimisorias. Embarcóse en Génova con rumbo a Buenos Aires para regresar a su hogar, tras una larguísima ausencia de quince años; viajó en compañía de su amigo el Dr. D. Manuel María Pólit. Después de atravesar con felicidad el Océano, recorrió las costas de la República Argentina y del Uruguay, desde las aguas del río de la Plata, en seguida las costas de Chile

*tandem in Patriam, meritis onustus, laudibusque cumulatus, et magnum sui in Americano Collegio relinquens desiderium septimo idus Februarii M. C. M. pervenit.—Exiguis sane nec magni laboris in propia originis Dioecesi intentus muneribus, et sollicitum in his obeundis et et assiduum sese praebuit. Sanctimonialibus tum beatae Mariae Annae a Jesu, tum a Sancto Dominico, cui capellanus, ministravit. Apud Seminarium, ubi et primicerius, grammaticam edocuit. Anno quarto a sua ex Urbe reversione, nempe M. CM. IV. —XI kalendas Aprilis—Emmanuel Ordoñez, magno semper apud omnes in honore habitus, e vivis sublatus est; decennio post—III kalendas majas honorabili ejus vidua in Christi pace deposita.*

*Vix meritissimus Emmanuel Maria Polit, conchensis Praesul, Dioeceseos gubernacüla suscepit, tantam hanc sub modio delitescere lucem, haud passus, eam quantocius in*

---

y las del Perú, llegó por fin, lleno de merecimientos y de alabanzas, a su Patria, el 7 de Febrero de 1900, dejando en el Colegio Americano un gran vacío.—Destinado en su Diócesis a ocupaciones de poca importancia y escaso trabajo, consagróse sin embargo a ellas con esmero y constancia, desempeñando la capellanía de las Hermanas de la B. Mariana de Jesús y después de las Dominicas a la vez que la Prefectura del Seminario y la Cátedra de Gramática. A los cinco años de su regreso de Roma, esto es en 1904, el 22 de Marzo, falleció el Sr. D. Manuel Ordóñez, universalmente honrado, y diez años después, el 29 de Abril, su honorabilísima viuda durmióse en la paz del Señor.

Apenas empuñó el timón de la Diócesis de Cuenca el Ilmo. Sr. Dn. Manuel María Pólit, sin tolerar más el que semejante antorcha estuviese oculta bajo el celemín, resolvió colocarla, cuanto antes, en el candelabro

*Ecclesiae candelabro locandam secum ipse constituit. Datis igitur indictionis litteris, de theologica sede quae tunc vacabat, conferenda sategit, summa id ope adnisus, ut ea, scilicet, non nisi digniori—juxta canonicas leges—adscriberetur. Idem sacrorum antistes auctor fuit ut et* grammaticae magister *certamen subiret: qui quidem post egregium doctrinae periculium, coram viris in rebus theologicis usque adeo conspicuis, Benigno Palacios Correa—Gregorio Cordero—Leone Piedra ac Julio Matovelle quibus ipsemet praefuit episcopus, omnium dignissimus, uno ore, conclamatus est, qui sedis praefatae potiretur. Qua obtenta per octo continenter annos Theologiae dogmaticae tradendae totus incubuit, adeo egregie, ut communis sit omnium persuasio, eo eminentiorem Dogmatis magistrum vix aut ne vix quidem inveniri posse: tanta enim rerum copia, tamque perspicua earumdem ac luculenta expositione id assequutus est ut divinus de Deo sermo sacerdotio initiandis*

---

de la Iglesia; publicó para ello un edicto de concurso para la silla teologal vacante a la sazón, a fin de proveerla con sumo esmero, en la persona más digna como los cánones lo exigen. El mismo Prelado fué quién impulsó a que terciara en el concurso el profesor de Gramática, el cual, tras un lucido examen ante los muy distinguidos teólogos Dr. D. Benigno Palacios Correa, Dr. D. Gregorio Cordero, Dr. D. León Piedra y Dr. D. Julio Matovelle presididos por el mismo Obispo, fué unánimemente proclamado como el más digno de ocupar la silla. Sentado en ella, se dedicó por entero a la enseñanza de la Teología Dogmática ocho años seguidos, con tal lucimiento, que es común opinión que no se hallará sino con muchísima dificultad profesor más eminente de Dogma; pues a su copioso saber juntó tan lucida exposición, que la ciencia divina a la vez

*et summo in honore adque in deliciis fuerit. Satis etiam officio suo facturus, pluries per annum inter missarum sollemnia verba ad populum habuit, doctrina, eruditione, pietate plenissima, quibus audientium animos evincit, succendit, abripit. Fiscalis procuratoris saepius, ac matrimonialis vinculi defensoris munere sollerter perfunctus; Fidei quoque in universa Dioecesi tuendae invigilavit sedulus.*

*Annum jam aetatis quintum et quadragesimum—longe minorem aspectu prodens—attigit; corpore tenuis atque glacilis, optima utitur valetudine: capillis niger et colore leviter fuscus; ore vultuque Patrui sui imaginem exprimens —Suapte natura modestus, mansuetus, gravis, humanus; parcus in loquendo, utraque in fortuna sibi constans; ab omni prorsus aemulatione abhorrens; dissidia, ut nihil magis, perosus; moribus integer, doctrina praecellens; omnibus*

---

que altamente honrada llegó a ser las delicias de los seminaristas. Para mejor desempeñar su cargo, predicó en muchas solemnidades al pueblo sermones saturados de doctrina, erudición y piedad con que solía ganar el corazón de los oyentes encendiéndolos y arrebatándolos. Desempeñó conferencias y esmeró el cargo de Procurador Fiscal y Defensor de matrimonios, y finalmente puso grande empeño en velar sobre la Fé en toda la Diócesis.

Su aspecto no revela haber ya cumplido cuarenta y cinco años, goza de buena salud con ser delgado y escaso de carnes; de cabello negro y color ligeramente trigueño, en su porte y aspecto muy parecido a su tío. Es modesto, de carácter manso, grave, culto y de pocas palabras, siempre igual en la buena o en la mala suerte, huye de toda competencia y es enemigo de la discordia como el que más; sus costumbres son inta-

*consiliarius, inter tot tamque illustria, passimque praedicata Azuayensis cleri ornamenta, optima jure recensetur. Haec omnia qui noverint, scitave animo volutaberint, aud inficiabuntur Sextum Ibarrensem Praesulem singulari fuisse Dei providentia praeventum, diutinisque curis paratum, atque ad episcopale onus subeundum, nullis non naturae donis, nullis non humanae culturae ornamentis, nullis, denique, supernis benedictionibus non auctum.*

*Duodecimo Kalendas decembris anni MCMXV Illmus. guayasensis praesul—Joannes Maria Riera S. O. P. fato perfunctus est. Ad hanc, igitur, sedem Beatissimo Benedicto XV, Pontifice Maximo sic jubente, bolivarensis antistes—Andraeas Machado S. J. adsumitur; bolivarensi vero Ecclesiae meritissimo nostro ibarrensi praesule Ulpiano Perez et Quiñones suffecto, communi ommium Ae-*

---

chables, es altamente instruído y por su dirección capaz de dar consejos a cualquiera: con razón es, pués, considerado, entre tantos y tan renombrados sacerdotes ilustres, como el lujo del clero azuayo. Cuantos lo conocen y reflexionan no podrán negar que el sexto obispo de Ibarra, por especial favor de la Divina Providencia, ha sido muy de antemano especialmente preparado, y que para llevar la Cruz del episcopado está enriquecido con los tesoros todos de la humana cultura y de las bendiciones del cielo.

El 21 de Noviembre de 1915 falleció el Ilmo. Sor. Obispo de Guayaquil Fray Juan María Riera S. O. P. y por dispocisión de Nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, el Obispo de Riobamba D. Andrés Machado S. J. es trasladado para aquella Sede y nuestro Ilmo. Prelado el Dr. D. Ulpiano Pérez Quiñones a la de Riobamba, siendo por unánime acuerdo de los Obispos del Ecuador elegido para Obispo de Ibarra el Dr. D.

*quatoriensium episcoporum accedente suffragio Albertus Maria Ordoñez et Crespo ibarrensium antistes adligitur, atque in amplissimo purpuratorum Patrum senatu—ejusdem recensitis meritis—renuntiatur. Quod autem nuncium omnibus gaudio, uni electo tanto moerori fuit, ut a lacrimis, sicuti accepimus, sese continere haud potuerit, et episcopale onus—quoad licuit, recusaverit.... Veniat igitur jam, veniat ad gregem Pastor egregius; ad filios properet optatissimus Parens!.... Dioeceseos tandem gubernacula suscipiat, Deoque auspice atque sospitatore, creditis ovibus sic consulat, ut eas salvas, sospites, incolumesque Divino Pastori custodiat. Universa jam civitas laetitia effertur; omnes in eum benevolentia ac pietate feruntur; omnes studio flagrant Sacerdotem Fidelem quem Deus piisima sua miseratione pusillo gregi suscitavit oculis intuendi, omnigeniisque pietatis obsequiis Prosequendi; omnes, denique una prolixaque prece Divinam obsecrantur Boni-*

---

Alberto María Ordóñez y Crespo, cuyo nombre, a la par con sus merecimientos, fueron publicados ante el Sacro Colegio Cardenalicio. Noticia tan grata para todos, sólo para el designado fué triste, tanto que no pudo contener sus lágrimas, según nos lo han referido, y se negó cuanto pudo para el cargo episcopal.... Venga, pues, por fin, venga a esta su grey su Pastor egregio, llégnese a sus hijos el anhelado Padre!.... Empuñe ya el Timón de la Diócesis, y guiado y protegido por Dios, mire por sus ovejas para conservarlas sanas, salvas y pingües para el Divino Pastor. Rebosa ya de gozo toda la ciudad, todos le aguardan benévolos y amantes; todos arden ya en vivos deseos de ver y de rendir filial homenaje al *Sacerdote fiel* que Dios con amorosa misericordia suscitó para su diminuto rebaño; todos, por fin, unánimes en ferviente oración, suplican a la Bon-

*tatem, uti dilectum usque adeo nobis Antistitem, numine suo atque praecidiis sartum tutum, plurimos in annos servet atque tueatur!....*

*Ibarrae — Scripsit ibarrensis decanus.*

F. M. Recalde.

Admodum. eximio. conchensi. Praesule
**Emmanueli. Mariae. Polit**
In. pignus. antiquae. ac. singularis. consuetudinis
Has. tanti. viri. biographicas. utcumque, exiguas
Longe. exiguus auctor. notitias
Animo. lubentissimo
Dicavit

---

dad Divina que con su protección y auxilio guarde y proteja a nuestro amadísimo Prelado por luengos años.

*El Dean de Ibarra,*
F. M. Recalde.

Al esclarecido Obispo de Cuenca Dr. D. Manuel María Pólit. En prueba de antigua y especial amistad, dedica gustosísimo estos breves rasgos biográficos de un alto personaje el humilde escritor.

(Traducción de J. ARRIAGA.)



QVOD . FELIX . FAVSTVM . QVE . SIT

LAVDI . QVE . BENE . VERTAT

ALBERTO MARIÆ ORDOÑEZ ET CRESPO

ANTISTITI . EGREGIO

HODIERNA . LVCE . AVSPICATISSIMA

IBARRAM . OVANTER . INTRO . EVNTI

TOTIVS . GREGIS . NOMINE . IN . GAVDIVM . EFFVSÆ

HOC . CE . QVALE . CVMQVE

**MNEMOSYNON**

IBARRENSIS . DECANVS

VENERABVNDVS

**D . D . D**

ANNO . R . S . CIƆ . IƆCCCC . XVII

........................DECEMBRIS

# BROCHADAS

Cuando nació el Mesías en la Ciudad de David, el ángel del Señor se apresuró a dar tan buena nueva a los tímidos zagales de las campiñas de Belén: *No tenéis que temer; pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es, que hoy os ha nacido en la Ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, Señor nuestro.* En la ciudad de las Siete Colinas dejóse oir también una voz, la autorizada voz del Angel del Vaticano que anunciaba a la Diócesis ibarrense, por órgano de las sagradas Bulas, la creación de un nuevo Cristo del Señor; y, el 28 de Octubre, día del glorioso martirio de los santos apóstoles Simón y Tadeo, era ungido con el sagrado crisma el Sexto Obispo de Ibarra. Nació a la vida episcopal el Ilustrísimo y Reverendísimo Alberto María Ordóñez Crespo, en la bizarra y católica ciudad en que viera su primera luz; allí donde los arpegios y lirismos del Profeta - Rey han hecho eco en el corazón de sus poetas; allí donde se canta la epopeya de las doradas espigas y sangre de la vid del Sacramento; en la ciudad eucarística que podíamos apellidar la Belén ecuatoriana, la Casa del Pan angélico, guardado en su Santo Cenáculo; allí en su vetusta Catedral llenó el Ilmo. Sr. Ordóñez Crespo la amplia y preciosa arca de su corazón con la superabundancia de dones y carismas celestiales

A partir de este momento, el piadoso y humilde sacerdote, el tan ilustrado como modesto Prebendado se siente otro, como se sintieron transformados los Apóstoles el día de Pentecostés; sale del Cenáculo de su hogar solariego, y ya no tiene otro anhelo que volar a la tierra que el Dios de nuestros padres le había mostrado.

Es cosa muy sabida que Jesús vence, reina e impera desde su misma humilde Cuna. Junto al pesebre de Belén veo acercarse no sólo a los humildes pastorcillos de los campos en que espigara Rut, sino los mismos sabios y

potentados del Oriente: junto al trono del Obispo católico nunca ha faltado también el cortejo obligado de acaudalados y menesterosos, de sabios y doctos, de nobles y plebeyos, esa como fusión democrática, signo de su realeza. Voy, pues, a referir siquiera a grandes rasgos, lo que yo llamaría los triunfos accidentales de la Cruz pectoral del Obispo: los agasajos que preceden, acompañan y siguen su paso triunfal por nuestros campos. Deseoso como el que más del buen nombre de mi amadísima Diócesis, voy a contar sencillamente a mis benévolos lectores lo que la joven Diócesis ibarrense acaba de hacer en el arribo del Benjamín del Episcopado ecuatoriano.

Tan luego como el telégrafo anunció la Consagración del Ilmo. Sr. Ordóñez y Crespo, echáronse a vuelo las campanas de la Catedral ibarrense, cuyas solemnes ondulaciones irían a perderse en el espacio infinito y en las concavidades de nuestras montañas, y el festivo eco de los bronces sagrados que repercutiría en las más lejanas campiñas de las dos Provincias hermanas sería algo así como las músicas angélicas junto a las cabañas de Belén: el Angel de la Diócesis con el ejército de espíritus tutelares que pueblan nuestras parroquias dejarían oir también sus suaves acordes y dulcísimas armonías. *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*

Apenas el Paraninfo celestial y ese ejército de alígeros espíritus se apartaron de los pastores y volaron al cielo, éstos se decían unos a otros: *Vamos hasta Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado.* Desde que Ibarra oyó el nombre del Ilmo. y Rdmo. Alberto María Ordóñez y Crespo, encaminó todos sus férvidos anhelos y puso en juego todas sus energías para alfombrar su suelo de peregrinas flores, embalsamar su éter de suavísimos aromas, entretejer guirnaldas y coronas y levantar arcos de triunfo al que venía en el nombre del Señor.

Si circunstancias especiales detuvieron el paso de dos sacerdotes que debían representar a la Diócesis en la católica capital del Azuay, en el solemne día de consagración del Ilmo. Mitrado, no por eso le faltaron en su camino corazones amigos, afectos de hijos, confidenciales compañeros de sus largas jornadas. Al efecto, el Rvmo. Sr. Provicario, cerciorado de la fecha precisa de la salida de Cuenca, llamó a uno de sus párrocos y lo envió a la primera

estación del Tren, a donde probablemente arribaría Su Señoría Ilustrísima; encomendándole otrosí tan honorífica embajada, sin antes poner en sus manos la siguiente Nota oficial: «Provicaría General de la Diócesis.—Al Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. Dn. Alberto María Ordóñez Crespo, Dignísimo Obispo de Ibarra.—Ilmo. y Rvmo. Señor:—Honroso al igual que placentero me es el comunicar a V. S. Ilma. y Rvma. que el Vble. Señor Presbítero. Dr. Dn. Segundo Vicente Ponce parte hoy a Huigra, comisionado por la Autoridad Eclesiástica, para recibir a V. S. Ilma. y Rvma. en ese lugar y saludarlo en nombre de toda la Diócesis, ofreciéndole sus primeros homenajes y sus votos para que V. S. Ilma. y Rvma., después de un viaje feliz, llegue cuanto antes a esta su Sede Episcopal, donde tantos labios le bendicen; donde tantos corazones le aman con filial afecto.—*¡Bendito, mil veces bendito el que viene en el nombre del Señor.*—Dios Nuestro Señor guarde a V. S. Ilma. y Rvma. muchos años.—F. A. Recalde».

A la estación de Sibambe salió Su Señoría Ilustrísima acompañado de los Vbles. Párrocos de la Vicaría foránea de Alausí y de sus compañeros de viaje Rvmo. Sr. Juan María Cuesta y los señores Guillermo Ordóñez y Francisco Crespo.

Sibambe fué el testigo mudo de la noble emulación de sentimientos entre Cuenca e Ibarra: la Capital azuaya que se despedía de uno de sus mejores hijos, Ibarra que derramaba lágrimas de gozo sobre el cuello de su anhelado Padre; Cuenca que perdió una de sus preciadas galas, Ibarra que abría alborozada su corazón para recibirla.

Escasamente serían las dos de la tarde cuando partió el tren de Sibambe. *El monstruo de acero con entrañas de fuego* sentíase azás orgulloso de arrastrar como despojos de triunfo el carro portador del Ilmo. Mitrado Azuayo. Cual gigantesco león que ruge en la selva virgen y, jadeante brama en los enmarañados ascensos de la montaña, la potente máquina ascendía bramando la difícil gradiente del Litoral a la Sierra.

A propósito de león. Mientras así subía la locomotora decíame para mis adentros: ¡Cuándo amanecerá el venturoso día en que este monstruo de acero suba también a nuestros pintorescos collados, serpentee por las esmeraldinas faldas de nuestros montes, descienda a nuestros valles y florestas y bese las risueñas vegas de nuestros ríos!, ¡cuándo será que luzca ese día sin sombras en que

la potente locomotora dé rugidos de triunfo en nuestro suelo como ruge hoy de furia impotente el león heráldico puesto por Su Señoría junto a la Cruz cimera de su Escudo! ¡Ah entonces, *la entrada del paraíso ecuatoriano* tendrá el mágico encanto del Edén mismo!

En casi todas las Estaciones del tránsito encontrábamos sacerdotes que, en medio de un compacto grupo de fieles, acercábanse a besar con cariño y respeto el anillo pastoral del Ilmo. Obispo de Ibarra.

La Diócesis de Bolívar hizo derroches de hidalguía, para honrar en la persona del Obispo de Ibarra la venerada memoria de su Ilmo. tío José Ignacio Ordóñez. A algunas millas de distancia salieron los Vbles. señores Tarquino Montalvo y Carlos María Villalba a saludar de antemano en nombre de la Diócesis Bolivarense y conducirle hasta la Ciudad episcopal.

Pronto las tinieblas de la noche tendieron denso velo sobre las ventanillas de nuestro carro, y no anhelábamos otra cosa que oir el cercano anuncio de nuestro arribo a Riobamba. Las ocho p. m. señalaba el reloj cuando pitó la locomotora; todos instintivamente saludamos a la Reina del Chimborazo. Pitó por segunda vez, y luego el monstruo de acero hizo garras en ese arenisco suelo, durmióse muy cansado para no despertar sino al día siguiente muy temprano.

El Ilmo. Dr. Ulpiano Pérez Quiñones había mandado a su Vicario General y Secretario de la Reverendísima Curia para que recibieran en la Estación al Ilmo. Obispo de Ibarra, y lo condujeran en auto a su Palacio episcopal. Entre otros sacerdotes, había salido también a la Estación el Rvmo. Sr. Leonidas Baquero, quien hizo viaje expreso de Quito a Riobamba para encontrar a su ilustre y distinguido amigo. Algo más tarde llegó el tren de Quito en que venía desde Ambato el Rvmo. Sr. Canónigo Nicolás Ayala, quien días antes había salido de la Capital con el mismo objeto de encontrar al Ilmo. Ordóñez.

Ya en palacio Su Señoría Ilma. y su comitiva encontraron los mismos encantos del propio hogar. En pocas ocasiones puede ser más significativa la frase de la escrituras *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum* que cuando vi estrecharse con cordial abrazo a los dos Obispos: que vivieron un día en la Ciudad Eterna bajo el mismo techo, participando del mismo pan, y, saciando, lo que se

más, su sed de ciencia y virtud en las cristalinas y abundosas fuentes del Pío Latino.

Al otro día del arribo a Riobamba, el Ilmo. Sr. Dr. Pérez Quiñones ofreció a su ilustre huésped, bajo el modesto nombre de almuerzo de confianza, un regalado convite. Durante éste reinó la más grande cordialidad, sintiendo sólo el vació del Ilmo. Obispo de Riobamba, quien víctima de despiadada enfermdad, yacía en su lecho de dolor. Oportunamente tomaron la palabra el Rvmo. Francisco Jijón Bello, Vicario General de la Diócesis, y el Vble. Sr. Angel Verdesoto, Secretario de la Rdma. Curia Bolivarense; uno y otro estuvieron muy felices en sus magníficos brindis.

Concluído el convite, antes de separarse los distinguidos convidados, el que estas líneas escribe, apreciador como el que más de los relevantes méritos del Ilmo. Pérez Quiñones y altamente honrado con la comisión de conducir a su dignísimo Sucesor a la Sede que él tanto honrara, como saludarían a Jesús los pastorcillos de Belén, hizo que de la superabundancia de su corazón pronunciaran los balbucientes labios votos y anhelos por la salud del ilustre enfermo y por la felicidad y ventura del nuevo Cristo del Señor.

En los tres días que permaneció Su Señoría Ilma. en Riobamba, las Comunidades Religiosas allí existentes, se disputaban el alto honor de tener en su casa siquiera por breves instantes al ilustre viajero. Las Reverendas Madres Marianitas quisieron ser las primeras, y ellas cual azucenas plantadas en el vergel de la Iglesia Bolivarense pusieron su alba flor en la hermosa guirnalda entretejida por Riobamba para las sienes del ilustre sobrino de su antiguo Obispo el Ilmo. José Ignacio Ordóñez. Los Reverendos Padres del Sagrado Redentor consiguieron que el nuevo Obispo y antiguo amigo celebrara y repartiera el Pan de los Angeles entre la numerosa concurrencia congregada en su magnífica iglesia. La tradicional cultura de los hijos de San Alfonso hizo suceder a la tan nutrida comunión de la mañana un suavísimo ágape de amigos y hermanos.

Los Reverendos Padres Jesuítas y Salesianos quisieron tener el mismo honor; mas las fugaces horas de tres días vinieron muy escasas para tanta nobleza e hidalguía.

La aurora del 20 anunciábanos la presencia del claro día en que golpearíamos a las puertas de Quito. Muy de mañana nos encaminamos a la Estación y a las seis y media partía el tren para la Capital.

Los Vbles. Párrocos de los pueblos y ciudades contiguos a la línea férrea esperaban anhelosos en cada una de las estaciones al Ilmo. Sr. Ordóñez para conocerle, pedir su bendición y besar su anillo pastoral. Si la Diócesis de Bolívar en la persona de Su Señoría honraba la memoria del Ilmo. José Ignacio Ordóñez, su antiguo Obispo, la Arquidiócesis, por medio de sus párrocos honraba a uno de sus más preclaros Arzobispos. Al ver tanta dilección y reverencia, sin esfuerzo, veníame a la memoria el texto de la Biblia puesto en práctica por las dos Diócesis reconocidas: *Laudemus viros gloriosos in generatione sua.*

Por una singular equivocación llegó el tren a Quito antes de la hora anunciada, y dicen que el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. Federico González Suárez, desde su lecho de dolor se preocupó de la llegada del Ilmo. Ordóñez Crespo y ordenó a su Secretario que saliera prontamente a recibirle en la Estación de Chimbacalle con el Vble. Sr. José Ignacio Jarrín, Secretario de la Rvma. Curia Metropolitana y enviado por el Ilmo. González Suárez. Salieron también a recibirle el Rvmo. Sr. Alejandro Pasquel, comisionado del Vble. Cabildo Ibarrense, y el Vble. Sr. Adolfo Astudillo, Familiar del Ilmo. Sr. Pólit enviado también por él para el efecto.

En la Capital, S. S. hospedóse en la casa de la distinguida matrona Señora Doña Mercedes Muñoz, viuda de Ordóñez, o mejor dicho, llegó a su propia casa. Excusado es advertir que en esta ocasión la familia Ordóñez Muñoz abrió su áureo corazón para recibir a uno de sus más gloriosos vástagos: para decirlo de una vez, no sólo se puso la familia Ordóñez a la altura, sino que superó a las exigencias de su noble abolengo.

Los quince días que permaneció Su Señoría en Quito fueron muy cortos para acceder a todas las galantes invitaciones de las Comunidades y Colegios. Fué invitado a celebrar y repartir la comunión en la Compañía de Jesús. Carmen Alto, Santa Catalina, en la Capilla de la Providencia, el Colegio de la Inmaculada, Buen Pastor, Seminario Mayor y en la Escuela de los Hermanos Cristianos.

Los hijos de Loyola vieron en el Ilmo. Sr. Ordóñez no sólo la sagrada persona del Obispo si que también al antiguo y prestigioso discípulo del Pío Latino Americano, y como a tal quisieron agasajarle. En un día dado, fué invitado a celebrar en la Capilla de la Dolorosa del Colegio, y tuvo S. S. el consuelo inefable de repartir la comunión

a los numerosos niños y jóvenes que llenaban la anchurosa nave de la artística Capilla. Solemne y conmovedor estuvo el acto literario-musical que el Colegio dedicó a Su Señoría Ilustrísima con ocasión de su arribo a la Capital, de paso a su propia Sede.

Los agasajos de la Compañía tuvieron una simpática proyección en los Colegios del Buen Pastor y de la Providencia. Especialmente en el Colegio interno de la Inmaculada parecióme ver el Castillo de Betania trasladado a las márgenes del Machángara, en donde la labor y oración hermanadas en el corazón de religiosas y alumnas eran una viva semblanza de las ocupaciones de Marta y María. A no dudarlo, para el Ilmo. Sr. Ordóñez el Colegio de la Inmaculada fue su predilecta Betania en su viaje.

Entre las visitas oficiales que recibió Su Señoría en la Capital la que más descuella es la de los Rvmos. Sres. Alejandro Pasquel y Nicolás Ayala, comisionados por el Vble. Cabildo Catedral para saludar y conducir a Su Señoría desde Quito a la Sede Episcopal. El día 25 de Noviembre era el día prefijado para dicha visita; presentáronse, pues, los dos Rvmos. Comisionados en medio de un grupo de amigos a cumplir con su alto cometido. El Rdmo. Sr. Ayala llevó la palabra, y en frases llenas de nervio y elegancia saludó al nuevo Prelado y le hizo ostensible que los votos y anhelos del Vble. Senado Consultor de Ibarra eran de que llegara felizmente a su Sede y que allí gobernara feliz y prósperamente por luengos años.

Además de la comisión del Vble. Cabildo, el Comité «Ordóñez Crespo» de Ibarra, representado por el Sr. Dr. Rafael Suárez y Carlos Tobar, y el Subcomité del mismo nombre de Otavalo, representado por el Sr. Alberto Egas, saludaron oficialmente a Su Señoría Ilustrísima en nombre de los respectivos Comités.

En medio de tan esplendoroso cuadro y magnífico concierto no faltaron sombras y lúgubres notas. Víctima de porfiada y dolorosísima enfermedad yacía en su lecho de dolor el Ilmo. Sr. González Suárez: su preciosa vida estaba en el ocaso. Como suplicaron los discípulos de Emaús a ese Peregrino misterioso, que se les había unido en la vía, que no pasara de largo porque la tarde caía, así debió hacer afectuosa violencia el Ilustre discípulo del Sacramento para que no pasara de largo nuestro Peregrino, porque estaba cantando ya las últimas Completas en la tarde de su vida.

A fe que no le abandonó hasta dejar sus restos mortales ocultos en la huesa.

Cumplidos los últimos deberes con el Ilmo. González Suárez, no pensó nuestro ilustre viajero sino en volar a su Diócesis amada: el amor dá alas de paloma para volar al nido de sus ensueños.

La fecha prefijada para salir de Quito fue el 5 de Diciembre, y a las diez de la mañana estaban a la puerta los vehículos necesarios para Su Señoría, los compañeros de viaje, sus parientes y algún amigo. De Calderón tornaron a Quito sus parientes y amigos, llevando en el corazón inmenso vacío y en la memoria recuerdos propios de quien se despide de una persona amada.

No tardamos en pasar el río Huaillabamba, cuando de improviso, frente al pueblo de su nombre, entre las malezas del camino, nos sorprendió un cuadro verdaderamente pastoril: el Vble. Párroco acompañado de algunos vecinos del lugar, las escuelas de niños y niñas que ostentaban en sus manos banderolas de la Iglesia y de la Patria, los sencillos acordes de la banda lugareña, todo en esas soledades producía el efecto de un idilio tiernamente conmovedor.

Anhelosos como íbamos de postrarnos a las plantas de María, en su Santuario el más célebre de la Patria, no se hizo esperar el espectáculo del blanco campanario, y a la hora del *Angelus* oíamos la sublime voz de la magnífica campana que invitaba a todo el valle a elevar una tierna plegaria a la Madre del Nazareno, a la Reina de las flores.

El culto y celoso párroco del Quinche, Dr. Manuel María Betancourt recibió al Ilmo. Sr. Ordóñez tan espléndidamente como lo hubiera hecho en la Visita Pastoral el más entusiasta párroco de nuestra Diócesis. ¡Que la madre del Amor Hermoso y de la santa Esperanza, cuyo guardián es de su Santuario, encienda más vivamente su corazón con el fuego del divino amor y Ella le sostenga en las borrascas de aquesta mar tempestuosa hasta saltar al puerto de bienaventuranza!

El día 6, después de celebrar el Santo Sacrificio y administrar la confirmación a centenares de niños, nos despedimos con una fervorosa Salve del Imán de nuestros corazones, salimos del Santuario de María, y a las 12 llegábamos a Otón, a ese como nido de ave veranera oculto entre las sedientas breñas de áspera colina. En este pueblecillo, gracias a la delicada previsión del Vble. Sr. Cura del Quinche

pudimos regalarnos con tan delicioso ágape, que nos hubieran envidiado los mismos dioses inmortales del Olimpo.

Al caer de la tarde del seis golpeamos a las puertas de la pintoresca ciudad de Cayambe. El Vble. Sr. Cura Dr. Dn. Urcisino Aguirre, acompañado de un grupo de caballeros, había tenido la delicadeza de salir al encuentro de Su Señoría, haciendo llevar briosos corceles y dos carruajes para descanso y comodidad del Ilmo. Sr. Obispo y de su comitiva.

A pocas cuadras de la ciudad, la familia Fierro Jarrín, propietaria de la hermosa y rica hacienda de Miraflores, quizo ser siquiera por una noche la depositaria de la rica joya que el Artífice divino preparara con esmero para su Ibarra. En esta casa, vestida literalmente de flores, saturada de aromas y bañada de luz esplendorosa, Su Señoría Ilustrísima y sus compañeros encontraron unidas en estrecha lazada la elegancia y el exquisito gusto puestos al servicio de un Príncipe de la Iglesia. La feliz coincidencia de llevar la señora de casa el nombre de Amalia, nombre tan caro al corazón de Su Señoría por ser el de su madre, contribuyó para hacer más simpático ese hogar. Para decirlo de una vez, tantos y tan nobles obsequios nos prodigaron, que no de otra manera agasajaría la peregrina y graciosa Sara a los paraninfos que Abrahám hospedara en el valle de Mambre.

Amaneció el 7, víspera del solemne día de la Inmaculada. Después de ofrecer Su Señoría el Santo Sacrificio sobre un hermoso altar improvisado en el oratorio de la casa, nos despedimos de la hospitalaria familia Fierro, quedando muy obligados de tanta gentileza e hidalguía.

He dicho en otro lugar que el amor dá alas para volar al nido de los castos ensueños. Pues, no obstante lo fragoso del camino, en el rigor del invierno, pronto, muy pronto, coronábamos las alturas de Cajas. Era de ver al Ilmo. Viajero cual alabastrina paloma entrando al Arca de su Diócesis con la oliva de la paz en sus labios de Obispo de dilección. Apenas vió a su amada Diócesis ataviada con las galas de la Esposa de los cantares, ceñida del Iris de amistad, invitó a todos sus compañeros a rezar el Magníficat, el solemne himno del triunfo de la gracia en los corazones humildes, la plegaria mejor de una alma reconocida. En esta feliz oportunidad el canto de la Doncellita de Nazaret sonó a mis oídos con vibrantes notas de clarín guerrero que anunciaba a nuestra Diócesis los triunfos siempre antiguos y siempre nuevos de la gracia del Espíritu Consolador.

En los lindes de la Diócesis, en su saludo de bienvenida el Vble. Sr. Cura de San Pablo Dr. Manuel Almeida Benítez colocándose en uno como tabor de clarovidencias del porvenir, abrió con llave de oro al Prelado las puertas de las dos Provincias hermanas.

Ha llegado el momento de ceder la palabra al renombrado escritor azuayo Rdmo. Juan María Cuesta, quien en representación del Cabildo Cuencano acompaño a Su Señoría hasta Ibarra. Bajo el título de «*Reminiscencias*», «El Comercio» de Quito publicó en la edición de la mañana del 18 de Diciembre el siguiente áureo brote de la bien cortada pluma del escritor azuayo.

## REMINISCENCIAS

El 7 del mes corriente, a las tres de la tarde, volteó Monseñor Ordóñez el nudo de Cajas, y pudo contemplar, por primera vez, el inmenso panorama de su Diócesis.

Aquí, el gigante y adusto Imbabura, a cuyos pies, blandamente, se extiende la gentil laguna de oriental belleza, como se tiende una esclava a los pies de su dueño y su señor.

Allá, en el confín del horizonte, el grandioso Cotacachi, una de las gigantes velas que izadas al viento, en la Cordillera de los Andes, empujan el barco que llamamos mundo en el océano azul de los espacios.

A la izquierda, a la derecha, al frente, en todas partes, pueblecillos de casas blancas, regados en extensos valles, como si fuesen bandadas de gaviotas sobre un mar de verdura.

A la una orilla del lago, la aldea de San Pablo se mira en el cristal de la onda, como se miraban en las ondas de su río las pastorcillas del Lacio.

A la otra orilla, la aldehuela de San Rafael se empina sobre sus plantas, y contempla, por entre palmas y nogales, el sin par donaire de su encantadora vecina.

El voluble y primoroso lago, el mar azul del Norte, eternamente sonríe; cada pliegue de sus olas es palpitante sonrisa.

A Imbabura se entra por un pasaje de cristal, que pudiera llamarse el Real Pasaje Andino.

Y todo el trayecto y toda la senda de Monseñor Ordóñez fue una sola ovación solemne!

Otavalo fue la primera grandiosa comarca que salió al encuentro de su Pastor querido.

Otavalo, la émula gallarda de la ciudad de Ibarra; ella, la Venecia de los Andes, la Zagala del hermoso lago, ofreció al cansado e ilustre viajero en ancha copa de chispeante esmeralda el agua para sus cansados pies, el agua para sus sedientos labios.

Otavalo se atavió con todas sus galas, entonó himnos de júbilo, puso su manto de reina a los pies de su Pontífice y derramó todos sus tesoros en las mesas de espléndidos banquetes.

Amaneció el día ocho. La aurora se vistió con manto de oro. La nieve brillaba como diadema en la frente del Imbabura: diríase que el Rey se había coronado para saludar al príncipe de la Iglesia.

Diríase además que los ángeles del cielo habían bajado para comtemplar el triunfo del Mensajero de Dios: sus alas blancas de armiño brillaban como nieve en la azulada cumbre.

Orillaban el camino cercas de flores: los habitantes del lugar, flores por el vívido color de sus vestidos; flores, además, porque el hombre en verdad de verdad, es flor primorosa trasplantada del Edén en este valle de lágrimas.

Y todo el camino fue una ovación constante!

Aquí y allá magníficos arcos de triunfo; aquí y allá, símbolos y emblemas de amor y de victoria; aquí y allá, bandas de música, ora agreste y pastoril, ora refinada con las exigencias del arte; aquí y allá poemas y discursos de idílicas ternuras: en todas partes estallaba el gozo.

El león de Imbabura, el que ruge en la frontera vigilando los lindes de la patria, tendió blandamente su melena a los pies del que venía en nombre de su Dios y su Señor.

En Atuntaqui, una docena de indiezuelos, medio vestidos con túnicas blancas, entre una nube de polvo, empujados, arrollados por carros, caballos y caballeros bailaban porfiada y tímidamente airecillos agrestes al compás del triste rondador de cañas. También el indio desgraciado arrojaba a los pies de su Pastor, sus joyeles, sus tesoros, el ángel de la choza: su hijo desnudo.

A las tres de la tarde, al voltear un montículo, se dejó entrever la ancha y primorosa planta ibarreña. Evaporaciones del suelo y nubes del cielo cubrían la planicie. La linda ciudad, a la vista de su dueño, se arrebujó entre cendales blancos, como la pudorosa Rebeca a la vista de su esposo Isaac.

Sin embargo, luego, luego, brilló el sol en el firmamento, y apareció Ibarra en todo su esplendor, donaire y hermosura: una paloma de nieve asentada en el parque que puso Dios mismo a la entrada de los edenes del Ande.

Las campanas se echaron a vuelo y sus notas se desgranaron, como sonrisas, en el aire, y resonaron las bandas militares y la ola humana inundó las anchas y decoradas calles.

En la esquina de la Plaza de Armas el afamado y laureado Poeta, Pasquel Monge, con voz conmovida, acento sonoro y magistral declamación, pronunció sentimental poesía dedicada al Ungido de Dios. He aquí una de sus estrofas de oro:

En tu casa estás ya: sé nuestro escudo
y de mi tierra la gallarda palma;
que hoy, en nombre de Ibarra, y con el alma,
Obispo del Amor, yo te saludo.

A las cinco p. m., en la magnífica Escuela de las HH. de la Caridad, se organizó la procesión del Ceremonial Pontificio.

Todo el Clero secular y regular, las varias Comunidades de religiosas, escuelas, colegios y círculos católicos, las autoridades civiles y el gallardo y brillante Cuerpo Capitular asistieron al desfile. El pueblo, en masa compacta, obstruía el camino. El Obispo vestido de pontifical robaba la vista y el corazón de todos, tanto por su floreciente juventud, cuanto por la amabilidad de su angélico semblante.

En la Catedral, el distinguido orador y conocido literato, señor doctor don Elías Liborio Madera, Canónigo Teologal, interpretó lucidamente los nobles sentimientos del Pastor y del rebaño.

A las 7 y 30 p. m., tuvo lugar el solemne banquete de recepción....

A la hora del champagne, Monseñor Ordóñez, en fácil y noble improvisación, contestó a los lucidos brindis en los que constantemente se hacia alusión a los antecesores del nuevo Obispo; y, como tocado de súbita inspiración, concluyó diciendo:

«Mis antecesores os pudieron legar muchos timbres de gloria, de ciencia y de virtud; pero, todos ellos murieron lejos de Ibarra. Yo os dejaré, como prueba de supremo afecto, siquiera el recuerdo de mis restos y cenizas enterrados aquí, en medio de vosotros».

Aquella flecha de oro que sacó Monseñor de la aljaba de su pecho de Apóstol, rompió de ternura el corazón de sus oyentes: algunos lloraron y una salva de aplausos inundó la sala del convite.

A las 10 p. m., el Príncipe de la Iglesia se retiró a las alcobas del bien decorado y magnífico Palacio.

Imbabura rayó a la altura del Azuay en sus ovaciones al ilustre hijo de la ilustre Cuenca.

JUAN MARÍA CUESTA,

*Conónigo de Cuenca.*

*Ibarra, 12 de Diciembre de 1917*

A tan poética descripción nada podría añadirse, sin deslustrar su brillo: más mi papel de cronista reclama especial mención de ciertos agasajos dignos de nota.

Otavalo, la tierra edénica donde naturaleza ha prodigado sus encantos, no sólo se vistió de flores y bañó de luz, sino que abrió los senos de su corazón para hacer oír las más íntimas palpitaciones de subidísimo afecto y veneración a su Ilmo. Prelado. Prueba de ello son la solemne ovación que le ofreció a su llegada y la exquisita cultura con que puso en sus labios de cansado peregrino *la ancha copa de chispeante esmeralda* en la noche del clásico convite. Y, a propósito del convite: tan graciosa y artísticamente adornada estaba la sala, que no sólo las insignias episcopales y demás emblemas eran de variadas flores naturales, sino que tuve ocasión de notar la feliz idea, hermosamente realizada de una inmensa O central, como quien dijera en iniciales: *Otavalo, el vergel de Imbabura al Ilmo. Ordóñez.*

Testimonio de afecto y veneración fueron también las visitas que se sucedieron en la mañana del 8, día de la Inmaculada. Después de la misa, celebrada en la Capilla de las RR. MM. de la Caridad, las Señoras del subcomité «Ordóñez Crespo» hicieron la primera visita. La Sta. Carmela Alarcón llevó la palabra en nombre de la distinguida Cor poración. En tan poéticos términos estuvo concebido su discurso y con tanta gracia y galanura declamado, que me pareció ver en ella a una de las Gracias, ofreciendo los primores de su suelo al ilustre Mitrado Azuayo.

En la visita oficial del subcomité de Caballeros pronunció un hermoso saludo de bienvenida el Sr. Dn. Joaquín Saona, presidente del Concejo Municipal, interpretando con destreza los nobles sentimientos y férvidos votos de la distinguida Colectividad a quien representaba.

También la clase obrera alzó su robusta voz en la persona del Sr. Segundo Miguel Pinto, para saludar al Prelado, y estuvo muy feliz en su lacónico pero magnífico discurso.

A todas estas salutaciones contestó el Ilmo. Sr. Ordóñez en términos tan paternales, que *como flechas de oro* iban a clavarse en el corazón de cuantos le oían.

A lo dicho en «Reminiscencias», permítaseme una brochada más sobre el arribo de Su Sría. Ilma. a la Capital de la Diócesis y los agasajos de que en ella fué objeto.

En magnífico automóvil y acompañado del Rvmo. Sr. Canónigo Dr. D. Rafael Valencia Alemán y del Secretario del Gobierno eclesiástico, Dr. D. Luis Alejandro Arturo, salió al encuentro el Ilmo. Prelado, el Rvmo. Sr. Deán y Provicario General. Dr. D. Francisco Aurelio Recalde. Avanzó hasta el vecino pueblo de San Antonio y allí tuvo la satisfacción de saludar a Su Sría. Ilma. en nombre de toda la Diócesis y en especial, del Venerable Cabildo.

Las Hermanas de la Caridad de la Concepción recibieron a Su Sría. Ilma. con derroches de entusiasta afecto y exquisita cultura. El vasto edificio se encontraba engalanado con mucho gusto y elegancia, dominando en toda la decoración los colores de la bandera pontificia artísticamente combinados.

El salón del banquete ofrecía un golpe de vista primoroso, sorprendente: rodeábalo en su parte superior ancha cenefa formada de focos de luz eléctrica, de los colores de la bandera nacional y, en medio de hermosos emblemas, leíase el nombre del Ilmo. Sr. Ordóñez formado así mismo, con focos eléctricos. No siendo posible descender a detalles, basta decir,

que todo el salón estuvo artística y espléndidamente adornado. Entre los convidados encontrábanse fuera del Cabildo y el Clero el Sr. Gobernador de la Provincia, el Sr. Comandante de la Plaza, el Presidente del Ilustre Consejo Municipal y cosa de setenta caballeros;—es decir — todo cuanto de más noble contiene la sociedad ibarreña. A la hora del champagne, ofreció el banquete el Rvmo. Sr. Deán Dr. D. Francisco Aurelio Recalde, con la alocución que publicamos en otro lugar.

Las fiestas profanas, por esplendorosas que ellas sean, tienen siempre un cierto vacío que nada puede llenar, como no sea el sacrificio matutino de nuestras aras. En estos solemnísimos festiváles, no podía, pues, faltar lo que es centro y cima de todos los regocijos católicos, el incruento sacrificio.—En la mañana del 10, subía el Ilmo. Sr. Ordóñez las gradas del altar de Dios, para ofrecer en su Iglesia Catedral, hermosamente decorada, su primera misa pontifical. En medio de una concurrencia selecta y muy numerosa; entre los acordes de la música sagrada y del bien ejecutado canto de la misa pontifical de *Perosi*, subieron al cielo las plegarias de todo un pueblo reconocido, como se elevó en vistosas espirales el humo del incensario del Pontífice. La Oración gratulatoria corrió a cargo del Rvmo. Sr. Deán, Dr. D. Francisco Aurelio Recalde, quien con las relevantes dotes oratorias que le distinguen, convocó a las dos Provincias hermanas para ofrecer al Altísimo un himno de acción de gracias por haberles dado un Pontífice a medida de su corazón; y habiendo desarrollado este tema: « *¿Qué es, qué significa un Obispo católico en el seno de su Iglesia?* », señaló el asiento de honor al Ilmo. sucesor de González Suárez y Pérez Quiñones. A fé que el Rvmo. Sr. Deán supo entronizar en trono de oro al sexto Obispo de Ibarra. La oración pronunciada en tan memorable día dejó hondas y gratísimas impresiones en todos los que la oyeron.

La culta sociedad de Ibarra ha hecho, como nunca derroches de exquisita y muy delicada caballerosidad. Desde el siguiente día del arribo de Su Señoría Ilustrísima no han cesado hasta la fecha las visitas de bienvenida, ya oficiales, ya de carácter privado. He aquí el orden de las visitas: Cabildo Diocesano; Clero secular y regular; Comité «Ordóñez Crespo» de Caballeros; Comité del mismo nombre de Señoras; Diputación del Ilustre Concejo Municipal; Profesorado del Colegio Nacional «Teodoro Gómez de la Torre»; Profesores del Seminario de San Diego; Profesores de la Escuela anexa al

Seminario; Profesores de la Escuela Municipal; Sociedad de Artesanos; y todos los cuerpos directivos de las Ordenes Terceras, y de las numerosas Congregaciones y Cofradías establecidas en la Ciudad.

Los Párrocos de las parroquias rurales contiguas han acudido con un grupo de feligreses a saludar al Ilmo. Prelado en nombre de sus respectivas parroquias. Los del Carchi lo han hecho por medio de notas oficiales, hasta tener la facilidad de besar su anillo pastoral.

No obstante las negras sombras que proyectó la tumba, recién abierta del Ilmo. Sr. González Suárez sobre toda la Patria ecuatoriana y especialmente sobre este girón de tierra, tan predilectamente amado por el sabio Arzobispo, Ibarra supo sacar muy delicadamente en esta ocasión, merecidas alabanzas para el Ilmo. Sr. Ordóñez de la boca de sus niños: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.*

El Colegio de niñas del Sagrado Corazón de Jesús, dirigido por las RR. MM. Bethlemitas abrió la serie de estos simpáticos festivales. Después de la Misa, fué invitado Su Señoría al salón de actos, donde se encontraban reunidos el Clero de la Ciudad y algunos Caballeros. El hermoso acto literario-musical duró cerca de dos horas, que se deslizaron suavemente en medio de calurosos aplausos que arrancaban de los concurrentes los bien ejecutados números del escogido Programa.

El «Orfelinato Pérez» saludó con el corazón en las manos al tierno Padre de los huérfanos. ¡Cuán sublime espectáculo el de la Caridad cristiana, tendiendo amplio manto sobre la miseria! Al retirarse de esta sencilla como conmovedora manifestación me decía para mí: ¡No, no son huérfanos los que tienen por Madres a las Hijas de San Vicente de Paúl y por refugio el corazón paternal de un Obispo!

El «Asilo Oviedo» de jóvenes obreras contribuyó con una muy significativa flor para la guirnalda que Ibarra ponía en las sienes de su sexto Obispo. El acto dramático-musical agradó a todos los concurrentes y todos se retiraron muy reconocidos.

Sin perjuicio del acto público que, en honor de Su Señoría preparaban los RR. PP. Lazaristas, quisieron estos tener el consuelo y noble satisfacción de saludarlo cuanto antes. Con este fin fué invitado a celebrar en el Seminario; después de la misa, reunidos en el Salón de Actos, Colegiales y niños de la Escuela, saludaron a Su Señoría Ilustrísima por medio de un oportuno discurso.

Entre los solemnes y significativos agasajos de la Ciudad episcopal merece especialísima mención y alabanza el grandioso Acto literario-dramático-musical preparado por el Rvmo. Sr. Deán con la entusiasta y decidida cooperación de las Hermanas de la Caridad del Instituto y sus alumnas.—Era el medio día del 30 de Diciembre.—En el amplio salón, artístico y primorosamente decorado, aguardaba al Prelado una inmensa y selecta concurrencia. No tardó en presentarse el Rey de la fiesta: su presencia, a guisa de corriente magnética, llevó tras sí todas las miradas y todos los corazones.

Principió el acto por el hermoso canto del Colegio Pío Latino Americano: «Lodate o giovani»;—en seguida, la Sta. María Delfina Ayala declamó galana y diestramente un discurso escrito por el Rvmo. Capellán del Establecimiento; luego se siguieron con admirables precisión, nitidez y elegancia los variados y selectos números del Programa, ejecutados no sólo con expedición, sino también con maestría sorprendente. En medio de tanta variedad de poesías, cánticos, representaciones dramáticas, reinaba la más encantadora unidad, refiriéndose todo al que era objeto de tan espléndida como simpática ovación. — Tengo para mí—y lo dije al salir del acto—que las señoritas y niñas del Instituto, habían unido admirablemente en estrecha lazada las Ciudades más amadas para el corazón del Ilmo. Sr. Ordóñez: *Roma, Cuenca e Ibarra,* como que todo el Acto nos hizo respirar aires de la Ciudad eterna y frescas brisas de la Patria. — La preciosa zarzuela «El Arte Musical» arrancó nutridos y reiterados aplausos. Con delicada e industriosa ficción «El Arte musical», acompañado de su comitiva, venía de la clásica Italia a saludar al Ilmo. Mitrado azuayo en su sede episcopal. — El Drama «Una familia de Mártires» cuyo teatro fueron las Catacumbas de San Calixto fiel y artísticamente reproducidas, fué sobremanera conmovedor; cada una de las Señoritas y niñas se desempeñó con sorprendente maestría y arrancó merecidos aplausos. Finalmente, en tan hermosa y simpática fiesta, Roma era la reina, Cuenca e Ibarra las princesas que la asistían en su trono de sublime realeza.

Señalaba el reloj las cinco de la tarde; la arrobadora Corona Poético-musical tocaba a su término, sin que la entusiasmada muchedumbre se hubiera dado cuenta de las horas transcurridas. Después del ofrecimiento de una preciosa Mitra, trabajada en el mismo Instituto, en que la niña Judit Rosales puso en alto relieve sus relevantes dotes para la declamación, arrebataron a la selecta concurrencia los festivos

acordes del grandioso himno del Colegio Pío Latino Americano, por Settincio Battaylia.—Luego, el Ilmo. Sr. Ordóñez, sobremanera conmovido, cerró con llave de oro el por mil títulos solemnísimo Acto; *con flechas de oro* sacadas *de la aljaba de su pecho de Apóstol* abrió profunda herida de simpatía y afecto en el corazón de todos los asistentes. Agradeció al Rvmo. Sr. Capellán, a las RR. MM., a las señoritas y niñas del Instituto de la Inmaculada Concepción y a todas las personas que de alguna manera hubieran contribuido al brillante éxito de tan *espléndido* acto. Recordando que la Sta. Rosales había dicho que la Mitra es corona de espinas, dijo el Ilmo. Prelado: «Acepto gustoso y agradecido la Mitra que me habéis ofrecido; pero ella no es corona de espinas sino de flores, presentado por las manos de estas niñas, que son flores de inocencia: con esta corona de flores perfumadas por el afecto, habéis querido coronarme en este día de eterna recordación.—Cabalmente hoy es el vigésimo primero aniversario del día en que la Víctima Inmaculada bajó, por primera vez, a mis manos. ¡Qué coincidencia tan hermosa! es, pues, muy justo que todas estas flores las deposite a los pies de Jesús Sacramentado.» Una explosión de aplausos siguióse a las palabras del conmovido Prelado. Luego, descorrido el telón, arrebató las miradas de la concurrencia un bellísimo cuadro vivo.—En medio de diáfanas nubes, rodeados de ángeles e iluminados con torrentes de variadas luces, aparecían en espléndido grupo los mártires que en el drama habían dado su vida por Cristo, llevando cada uno sendas palmas y coronas, mientras la orquesta ejecutaba un oportuno y bellísimo trozo de Rossini. Tan espléndido grupo era digno del pincel de un gran artista. Así terminó este acto tan grandioso dejando indelebles recuerdos y gratísimas y muy profundas impresiones y muy en alto el nombre y la fama del simpático Establecimiento dirigido por las abnegadas Hermanas de la Caridad. ¡Bienvenido sea el ilustre Hijo de la Ciudad Eucarística! ¡Gloria inmarcesible a la Ciudad Eterna que le abrigó en su Santuario! ¡Honor y bendición a Ibarra como Padre y Pastor!

Para terminar, quiero que hable desde la tumba nuestro llorado hermano Dr. Carlos Rueda, quien sin conocer al Ilmo. Ordóñez Crespo, con vislumbres de la eternidad, poco antes de morir, en su canto póstumo previó los espontáneos agasajos referidos en esta Crónica, y honró con canto de Cisne sus triunfos y sus glorias:

Nada temas: los montes y collados
aplanará el Señor, y los senderos
siempre tortuosos de la vida humana
a tu paso serán enderezados,
y tú podrás llevar cada mañana
a pacer tus corderos
entre lirios, y rosas, y jazmines,
y nardos, y claveles.
Y de los montes y los verdes prados
te vendrán de los últimos confines
de flores campesinas, de tomillos,
de mirtos y laureles
graciosos, perfumados hacecillos.
De Jesús en el pecho cariñoso
con afán y ardiente anhelo,
y tu frente ciñendo allá en el Cielo
serán tu gloria, tu esplendor y gozo.

En estos postreros versos del malogrado vate ibarreño he hallado el mejor epílogo de mi mal hilvanada Crónica. Creo haber cumplido con mi deber, contando hasta en sus menores detalles los espontáneos agasajos prodigados a porfía al que hemos dado en llamar con sobra de razón el *Obispo del amor.*

¡Que su carrera triunfal por las Diócesis hermanas y las singulares conquistas de inmenso amor filial en la propia Grey auguren mejores días para la iglesia y la Patria!

*S. Vicente Ponce.*

---

# ¿QUE ES UN OBISPO CATOLICO EN SU IGLESIA?

Discurso pronunciado por el Rvmo. Sr. Deán, Dr. D. Francisco Aurelio Recalde, en la Catedral de Ibarra, el 10 de Diciembre de 1917, día en que celebró su primera Misa pontifical el Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Alberto María Ordóñez, Dignísimo Obispo de Ibarra.

*Dabo vobis Pastorem juxta cor meum.*

Os daré un Pastor según mi corazón.

Isaias, Cap. III—v. 15.

*Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo:*
*Vble. Capítulo Catedral:*
*Respetables Comunidades religiosas:*

*Señores:*

¡Dios mío! ¡qué profundos, qué indescriptibles son las emociones que dominan mi corazón en estos instantes! ¡cuán amorosamente providencial se me presenta la acción de Dios en el gobierno de nuestra desvalida Diócesis! ¡Cuántos motivos tenemos para derramar el corazón en las santas efusiones del humilde reconocimiento, de la alabanza fervorosa. Ayer nuestra Diócesis, salvados los límites de la media centuria que midieran su existencia, celebraba, llena de júbilo, con pompa y entusiasmo inusitados, las fiestas de su áureo jubileo.... Mas, ¡inescrutables arcanos! El sol de la alegría cubríase, en su mismo cenit, de sombras misteriosas y declinaba rápidamente a su ocaso.... Comenzaba la noche, y la noche siempre es triste y melancólica.... El Pastor de los Pastores que, desde la cumbre del Vaticano, vela sobre el inmenso rebaño desparramado por todo el mundo, cuan grande es él, separaba de esta porción de la Grey de Cristo, al amable Pastor que la regía; Pastor a quien en este día y desde este lugar santo, pláceme consagrar un recuerdo de cariño perfumado por la gratitud. Junto con la amargura que deja la separación de un sér querido, surgieron entonces en nuestra alma angustiosas tinieblas....¿A qué manos pasará el cayado de la jóven y atribu-

lada Grey? Sonó entonces por vez primera el nombre de ALBERTO MARIA ORDOÑEZ CRESPO. Desconocido como nos era, preguntábamos todos ¿qué personalidad se esconderá tras ese nombre? ¿quién será ese sacerdote tan diestro en ocultar los destellos con que brilla el mérito verdadero, y que, así y todo, ha merecido fijar las miradas del Vicario de Jesucristo y ser asociado a su altísimo ministerio? Cuenca y Roma se encargaron de disipar nuestras dudas; y, del fondo de ellas, comenzaba a brillar, nimbado con fúlgidas aureolas, ese nombre: una gran silueta se destacaba ante nuestra vista; e iba contorneándose conforme pasaban los días y adquiriendo hermoso colorido y demostrando noble y atrayente fisonomía; y cuando la voz del Augusto Pontífice le ordenaba escalar la cumbre del sacerdocio, subía acompañado ya de las simpatías y los votos y el cariño de millares de corazones....; y ahora, ceñidas las sienes con la mitra de la dignidad y en la diestra el emblema de la jurisdicción, nos es dado contemplarle ocupando el mismo trono que ilustraron la amable mansedumbre de González Calisto; el genio artístico y el noble celo de Pérez Quiñones y los rayos del sol ecuatoriano, que ¡ay! acaba de hundirse, majestuoso, en el ocaso, dejando a la Patria sumida en tinieblas y a la Religión en hondo duelo. Señores, hundida la frente en el polvo, adoremos los designios de Dios; acudamos a colocar una corona sobre la tumba del más grande entre los hijos de la Patria, del más ilustre de los Pontífices de la Iglesia Ecuatoriana, comprometiéndonos a reanudar los preparativos para el gran homenaje que la gratitud de Ibarra se apresta a tributarle.—Cumplido este deber que se nos impone, abramos el corazón a las tiernas efusiones del agradecimiento; desátese nuestra lengua en ardorosas plegarias y resuenen en este recinto himnos de alabanza y acción de gracias al soberano Autor de todo dón, cuya misericordia nos ha dado un Pastor según su corazón, un Pastor en el cual ha esmerado Dios sus caricias derramando, pródigo, sus tesoros. Ah! el Benjamín del Episcopado ecuatoriano, el hijo de las bendiciones, viene a nosotros lleno de bondad, de cautivadora dulcedumbre: sus vestiduras exhalan perfumes; de su corazón parten efluvios de afectos inmortales. Miradle! en su frente reverbera la luz esplendorosa; sus rayos alumbran el porvenir y descubren dilatados, espléndidos horizontes....

Cúmpleme manifestaros los grandes motivos que tenemos para alegrarnos y regocijarnos en el Señor por la exaltación a la Sede ibarrense del Ilmo. y Rmo. Sr. Ordóñez Crespo. Para esto me basta con proponeros esta cuestión y resolverla, a la medida de mis facultades: ¿Qué es, qué significa un Obispo católico en el seno de su Iglesia? La respuesta a esta pregunta formará el tema y el todo de mi discurso. Como quiera que el asunto, elevado de suyo y muy fecundo, es superior a mis fuerzas, quiero ponerlas a los piés de la Inmaculada Virgen, conjurándola me

ilumine la mente y abra mi corazón a las influencias de la gracia y ponga en mis labios palabras dignas de la grandeza y santidad del asunto. Postrados a sus pies virginales, imploremos, por su intercesión, los auxilios del Espíritu Santo.—Ave María.

*Dabo vobis Pastorem juxta cor meum.*

Os daré un Pastor según mi corazón.

¿Qué es, qué significa un Obispo católico en el seno de su Iglesia? Huésped en la tierra de los Faraones, el Pueblo de Israel gime en duro cautiverio. Sus gemidos llegan al trono de Jehová; toca a su término la mísera servidumbre de la descendencia de Jacob. El Señor se ha elegido un caudillo para tamaña empresa: vela solícito sobre él desde la cuna; le arranca de las garras de la muerte; confíale a la ternura de una princesa egipcia; crece y se desarrolla entre los esplendores de la corte faraónica, hasta que, sonando la hora en el reloj de la Providencia, úngele sobre la cumbre de Horeb con el óleo de su poder infinito: ya nada se resistirá ante él. Guiados por Moisés abandonan los Israelitas las llanuras de Gesén y toman el camino del desierto. ¿Es menester abrirse paso al través de las ondas del mar? Virtud poderosa tiene para ello el gran Caudillo; al contacto de su vara misteriosa, divídense las aguas del Mar Rojo, formando a diestra y a siniestra dos gigantescas murallas de cristal, dejando en medio de ellas, en la sima de los abismos, anchurosa vía por donde, holgadamente, atraviesa la muchedumbre hasta salvar la opuesta playa. El éxodo del Pueblo escogido y su travesía por el desierto, que duró largo de cuarenta años, fué una no interrumpida serie de prodigios indescriptibles. A esa inmensa muchedumbre de peregrinos del desierto, les faltarán bien pronto víveres: sin fuentes donde apagarla, se verán devorados por la sed; y como si ésto fuera poco, huestes aguerridas les saldrán al frente, para disputarles el paso. ¿Qué será de esa multitud errante? Qué suerte les espera en esas vastas soledades? ¡Ah! no temáis! Llevan a su frente un Conductor que es todo una Providencia. Dios ha puesto a sus órdenes todo su poder infinito. Alzará las manos al cielo, y arrancará a las nubes sabroso alimento, y abundante e inagotable; al contacto de su vara, las rocas se convertirán en fuentes de agua cristalina y muy copiosa: a su voz, las nubes formarán gigantesco pabellón sobre los campamentos de Israel, contra los ardores del sol durante el día y despedirán rayos esplendorosos para disipar las tinieblas de la noche. Si poderosos enemigos presentan combate al Pueblo escogido, Moisés alzará de nuevo sus manos al cielo y el genio de la victoria acariciará a los hijos de Israel y suyos serán los despojos de sus enemigos.

Pero al inmortal Caudillo no le será dado penetrar en la tierra prometida. Próximos a cerrarse con el sueño eterno, desde las alturas del monte Nebo contemplarán sus ojos, en lontananza, esa tierra por tantos años suspirada. Antes de morir, se eligirá un sucesor suyo y le traspasará la suma de poderes divinos de que Dios le invistiera....

Me preguntabais, Señores, qué es un Obispo católico? Yo os contesto: es un nuevo Moisés, puesto por Dios al frente de su Pueblo. La Providencia divina ha velado también sobre él desde la cuna; ha presidido su formación; lo ha educado con esmero en su misma corte; y sólo cuando ha llegado a la plenitud del desarrollo, lo ha elegido plenipotenciario suyo ante el Pueblo. Bajaba el Vidente de Israel de la montaña santa: la presencia de Dios ha dejado en su rostro destellos deslumbradores que se condensan en doble haz de rayos. En las cumbres del sacerdocio ha colocado Dios sobre las sienes del nuevo Ungido, la mitra reverberante de luz; el cayado es la vara del Profeta obradora de prodigios. Si poderosos incircuncisos atacan al Pueblo escogido, no temáis: el Obispo alzará sus manos al cielo y los enemigos serán aniquilados. Si serpientes venenosas siembran la muerte y la desolación en el seno del pueblo fiel, el Obispo les mostrará la Cruz redentora, y los heridos quedarán sanos; vendrán los horrores del hambre y la sed: mas, ¿por qué temer? El Obispo tocará con su cayado las rocas y brotarán, abundosas, siete fuentes de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna; alzará sus manos al cielo y bajará de allí el maná divino, abundante, inagotable, de sabor exquisito, engendrador de vida, de fortaleza, de alegría. En fin, a través de los desiertos, jefe y caudillo, irá señalando a su pueblo el derrotero que lo ha de conducir a la verdadera tierra de promisión, al Cielo. Y más afortunado que Moisés, al trasponer los horizontes del desierto y penetrar en las playas de la eterna bienandanza, le saldrán al encuentro innumerables de su caravana, batiendo palmas y entonando vítores de júbilo, para elevarse juntos hasta el trono de Dios. Esos piadosos peregrinos terminaron su jornada, a la sombra de la Cruz, y entre los resplandores de la eterna glorificación, bendicen el nombre de su jefe y caudillo, y le forman cortejo, al acercarse a recibir de Dios la merecida, infinita recompensa.

Mas, continuemos. ¿Qué es, qué significa el Obispo católico en el seno de la Iglesia? Cuarenta siglos han pasado desde la tragedia paradisiaca. Anunciado desde la aurora del mundo, esperado por todas las generaciones, en la bienaventurada plenitud de los tiempos se dejó ver en la tierra, lleno de hermosura, flor inmaculada de la humanidad, el Deseado de los collados eternos, Jesús de Nazaret, el Verbo divino, esplendor del Padre y figura de su sustancia. *Su sabiduría eclipsó a todos los sabios; sus prodigios, a todos los taumaturgos; su predicación a todos los profetas; su heroismo a todos los santos; su poder a todos*

*los potentados: ante el drama de su vida, nada son todas las tragedias; todos los triunfos se eclipsaron ante su triunfo.* En las obras maravillosas ejecutadas al imperio de su voz, vieron cuantos la contemplaron los destellos de aquella virtud de Dios que en la infancia del mundo había vagado sobre la superficie del globo, derramando sobre él gérmenes de vida y hermosura. En efecto, Jesús iba a renovar los prodigios de la primera, con una nueva y mucho más admirable creación. Al terminar la sublime epopeya de la Redención humana y como consecuencia inmediata de ella y su eflorecencia y fruto principal y más admirable, Jesucristo fundó su Iglesia, esto es, la sociedad de las almas en la luz y el amor. Sociedad la única perfecta que ha existido sobre la tierra; dotada de maravillosa *unidad* de régimen y doctrina; sociedad *santa* como que brotó del corazón divino y se baña a diario en su sangre, y es santa su doctrina, santos sus sacramentos, santo su culto y tiene fuerza y virtud de producir grandes santos: sociedad *católica,* puesto que para élla no hay lindes en el tiempo ni en el espacio; ni hay razas ni civilizaciones, ni edades; puesto que son súbditos suyos todas las almas regeneradas en los esplendores de la luz y las efusiones del Amor. ¿Y a quién confió Jesucristo el gobierno y la conservación de esta sociedad perfecta, *una, santa, católica,* vivificada por su espíritu, sostenida por su omnipotencia? Proclamada su divinidad a orillas del Jordán, Jesucristo, el Cordero dominador de la tierra, se interna en el desierto y allí pasa cuarenta días y cuarenta noches arreo, entregado a la oración y la penitencia, departiendo con su divino Padre sobre la Iglesia que va a fundar. Diríase que está dando los últimos toques a esa grandiosa obra; constituyendo el gobierno que la hará inmortal. Baja de la célebre montaña y reune en torno suyo doce pescadores de Galilea y los constituye jefes y caudillos de la nueva tribu santa, destinada a extenderse por todos los confines de la tierra y a dominar todas las edades. Esos pobres pescadores son los amigos de Jesús, blanco de sus predilecciones, centro de sus afectos divinos. Durante el triennio de su predicación, El mismo se toma el cuidado de instruirlos y formarlos con divina solicitud y esmero. Después de su resurrección, pasa todavía cuarenta días adiestrándoles para el divino ministerio, asi preparados, constituyéndoles embajadores y plenipotenciarios suyos ante los Pueblos y Naciones de la Tierra; maestros y doctores del Pueblo escogido; depositarios de la Revelación, vindicadores de los intereses de Dios; encargados, en fin, del gobierno universal y perpetuo de la Sociedad por El fundada. Uno de ellos, Pedro, el jefe del Apostolado, será el centro de la unidad, la piedra angular, el jefe infalible; todos los demás serán cooperadores suyos, si subordinados, revestidos de los mismos poderes. Sí, Señores: todos los Apóstoles, con el cargo de enseñar a todas las gentes, y de bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, reciben las llaves del reino

de los cielos, llaves que simbolizan el gobierno sobre las almas. Para poner el sello al divino mandato, diez días después de su Ascención al cielo, el Redentor glorificado envía sobre los conquistadores del mundo la plenitud de su espíritu, ante el cual desaparecen las deficiencias de la humana miseria, y quedan los Apóstoles de todo en todo transformados y convertidos en instrumentos aptos para la obra más grandiosa que han visto los siglos; esto es, la de reunir a todos los Pueblos y Naciones de la tierra en torno de la Cruz redentora, y conservarlos por sí y por sus legítimos sucesores en todo lugar y tiempo, bajo sus divinas influencias. Veinte siglos han pasado desde que se verificó ese acontecimiento, que asombró al mundo; y ahora como entonces, la Iglesia de Jesucristo es proclamada *una, santa, católica y apostólica;* asentada sobre granítico cimiento, nada pueden contra ella las tempestades; y, a semejanza de su Fundador, derrama en torno suyo, luces y esperanzas. Me preguntabáis, Señores, ¿qué es un Obispo católico en medio de su Pueblo? Yo os contestaré con la doctrina de la Iglesia, con las enseñanzas de los Santos Padres y de los Concilios: El Obispo es el sucesor legítimo de los Apóstoles; elegido divinamente como ellos; como ellos investido de todos los poderes para el gobierno y ministerio de la Iglesia en la no interrumpida serie de los tiempos. Maestro de la verdadera Religión; rector del Pueblo escogido; dispensador de los tesoros de la Redención; mediador entre Dios y los hombres; esto es, Señores, esto significa un Obispo católico en medio del Pueblo que Dios le ha confiado. *Posuit episcopos regere Ecclesiam Dei.*

Y no satisfechos con ver en la persona del Obispo católico un renuevo del gran caudillo de Israel y un sucesor legítimo de los Apostóles: ¿todavía insistís, Señores, en preguntarme qué es un Obispo católico en el seno de la Iglesia? Sea! Haré por satisfacer a vuestra tercera pregunta asegurándoos, sin rodeos, categóricamente, que un Obispo es el vicegerente de Jesucristo, trasunto fiel del Pastor divino; una como prolongación de Jesucristo. Qué? ¿Os admiráis de mis palabras?, ¿las tildáis, acaso, de hiperbólicas? Para expresaros así sería preciso olvidar que el fuego divino, al descender sobre el Ungido de Dios, consumiendo las deficiencias de la frágil naturaleza, hízole un hombre enteramente nuevo, revestido de la plenitud de los dones divinos; que al soplo de Dios, quedó su inteligencia bañada de luz; su corazón inflamado en celestiales incendios; purificados los labios como otro Isaías, revestido de sobrehumana fortaleza; y, en aras del amor divino, resuelto a sacrificarlo todo y a ofrendar mil veces la vida misma, por las almas a su solicitud confiadas. Si de todo sacerdote se dice en verdad que es otro Cristo y la suave fragancia de su virtud, ¿con cuánta mayor razón no se dirá esto de aquél en quien reside la plenitud del sacerdocio? Bástenos recordar las palabras de Jesucristo. «Así como mi Padre me ha enviado, así os envío a vosotros: predicad mi evan-

gelio a toda criatura; toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; recibid el Espíritu Santo: lo que atareis en la tierra será también atado en el cielo. Apacentad mis corderos, apacentad mis ovejas; quien a vosotros recibe a mí me recibe; quien os desprecia a mí me desprecia: y estad seguros de que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Ilmo. y Rmo. Señor: Si vuestra genial modestia y la imponente severidad de esta Cátedra santa no sellaran mis labios, yo diría a mis oyentes los grandes motivos que de justísimo regocijo nos acompañan. Para ello me bastaría dar una ojeada sobre vuestra vida y hacer un recuento de vuestros merecimientos y brillantes ejecutorias; y holgarían todas las alabanzas y vendrían estrechos todos los encomios. Pero debo este tributo de silencio a vuestra humildad; se lo debo al precepto del Espíritu Santo que nos impone prudente reserva en tratándose de los que todavía militan entre las visicitudes de la efímera existencia terrestre. Mas este obligado tributo de silencio no será parte a impedir que os dé un mensaje de parte de Dios. Escuchadlo: «Vé y dí, me ha dicho el Señor, en lenguaje apocalíptico; vé y dí al Angel de Ibarra: «Sé y co» nozco tus tristezas, tus angustias, tus temores: he visto las lágrimas que, » abundosas, han surcado tus mejillas.... Te horroriza el peso de mi Cruz, » a la que por mi expresa voluntad has arrimado el hombro. Pesada es » ella, abrumadora; pero yo aligeraré su peso; mi gracia te será constante » cirineo... Has divisado, escondidas, tras el oro y pedrería de la mitra » traidoras espinas; pero esas espinas, al contacto de mi sangre, se converti» rán en flores, flores para la inmortal corona.... Temes, mucho temes, » porque vientos de tempestades soplan, en torno del Santuario.... porque » las potestades de la tierra se han conjurado contra mi Iglesia y sus mi» nistros.... porque manos crueles, despiadadas manos se esfuerzan por » arrancar del dulce regazo de mi Religión la inocente niñez y la incauta » adolescencia para sacrificarlos, en aras del criminal ateismo, a ídolos in» fames; porque el porvenir de la Iglesia se presenta rodeado de pavorosas » tinieblas. Mas ¿qué te angustias? ¿No nació ella entre regueros de sangre? » ¿No ha crecido en medio de borrascas? No la has visto avanzar al tra» vés de los siglos, siempre combatida, vencedora siempre, presidiendo en » todo lugar y tiempo los funerales de sus perseguidores? Yo que he em» peñado mi palabra de estar junto con mi Iglesia, estaré contigo para » iluminarte, ayudarte, protegerte».

Hermanos míos; daos prisa a rendir al Pastor que el Cielo os ha deparado, pleito homenaje de obediencia y adhesión y a ofrendarle vuestros afectos. Os ruego que hagáis por rodearle con la ternura de hijos, la reverencia de súbditos, la intimidad y la confianza de amigos; y en él encontraréis un Padre bondadoso; un Prelado lleno de dulzura; y un amigo pronto a sacrificarlo todo por el bien del amigo, como lo exige la

amistad verdadera. No le miréis, nó, con los ojos del cuerpo; miradle con los iluminados ojos de la fé y le encontraréis tan grande como Moisés, tan admirable como un Apóstol, tan lleno de atractivos, tan arrebatador como Jesucristo, cuya representación viviente es al igual de todos los Obispos. A la luz de la fé, encontraréis que su corazón es una plegaria; sus manos, fuentes de bendiciones; su existencia, foco de luz y exquisito timiama de virtudes.

Ibarreños: sois nobles y generosos; más que generosos y nobles, sois católicos fervientes: me complazco en reconocerlo y proclamarlo desde este lugar santo. Pues bien: si nobleza obliga y amor con amor se paga; considerando de dónde viene y cuánto ha sacrificado por vosotros el Ilmo. Señor Ordóñez, apresuraos en formarle un cerco delicado con vuestros corazones.... Si es preciso que alguna vez, pues representa el desgarrado Corazón de Jesucristo, si es preciso que alguna vez los dardos del dolor vayan a enclavarse en su noble corazón, no hieran, nó, el suyo sin haber antes traspasado los vuestros.... Sea Ibarra para el Ilmo. Señor Ordóñez, lo que la santa casa de Betania para Jesucristo. El calor de los afectos ibarreños, no le dejen sentir las yermas nostalgias de la patria, tan querida y ahora ¡ay! tan distante!.... Yo, que he tenido la noble satisfacción de dároslo a conocer antes que viniera, cautivándole vuestras simpatías y afectos; hoy, en nombre de Jesucristo y de su Inmaculada Madre, os lo presento y confío a vuestra veneración, a vuestra docilidad, a vuestra ternura!!!....

Oh Jesús, ¡Pastor de los Pastores! Descienda sobre tu nuevo Ungido la plenitud de su Espíritu: que tu gracia le haga sombra; que las alas de tu Providencia estén a toda hora extendidas sobre él; rodéale siempre del respetuoso afecto y la sumisión de sus ovejas, y lazos indisolubles las conserven siempre unidas en torno de su amable cayado; y, al terminar su misión apostólica, pueda decirse de él, lo que de sus ilustres antecesores y del mismo Jesucristo: *pertransiit benefaciendo;* pasó haciendo el bien, y que por esto fué amado de Dios y de los hombres; *dilectus Deo et hominibus,* y cuya memoria será por siempre bendecida.—ASÍ SEA.

*F. A. Recalde*

Ibarra, 10 de Diciembre de 1917.

# DISCURSO

Pronunciado por el Rvmo. Sr. Canónigo Dr. Dn. Nicolás F. Ayala

---

*Ilmo. Señor Obispo de Ibarra,*
*Dr. Dn. Alberto María Ordóñez Crespo:*

*Señores:*

El V. Cabildo Ibarrense se dignó honrarme con la comisión de saludaros, a vuestra llegada a esta ciudad y de conduciros junto con mis dignos compañeros a vuestra Sede episcopal, manifestando — de esta manera — la estimación y respeto de que se encuentra animado para con Vuestra Augusta persona.

Ilmo. Señor, los designios de la Providencia en el gobierno de las almas, precio infinito del Cordero Inmaculado, son inescrutables. Dios os eligió Pontífice de la Diócesis de Ibarra, y la Santidad de Benedicto XV premió vuestras virtudes elevandoos a la plenitud del sacerdocio y dándoos una autoridad muy superior a la de los reyes y monarcas de la tierra. — Delegado de Jesucristo cerca de los hombres, El habla y pronuncia sus oráculos por vuestros labios. Vicario de Jesús, hacéis las veces del mismo Dios.

Desde niño habéis pasado vuestra vida en medio de los divinos misterios y en la práctica de toda clase de virtudes; y, por esto, os ha asociado a su Apostolado. Todo pregona vuestra gran valía: díganlo la virtud y la ciencia que atesorasteis en la Ciudad Eterna; hablen los colegios y las cátedras; el púlpito y el Cabildo de la Atenas ecuatoriana, vuestra ciudad natal.

De vida oculta, retirada, amante del estudio y del cumplimiento de vuestros deberes, os encontró Dios agradable a sus divinos ojos; os hizo confidente, más os pidió heroico sacrificio — como a otro Isaac — intimándoos la orden de separaros de los seres más queridos a los cuales os vinculaban los lazos íntimos de la naturaleza: dejar la tranquilidad de vuestra casa; los encantos y el amor de tantos cocorazones que os han amado con el fino amor de compañerismo y amistad, tan íntima como delicada; y, colocando una

cruz sobre vuestro pecho, sobre vuestro pecho inflamado de caridad por las almas, os entrega a la Diócesis de Ibarra por su digno y legítimo Pastor. ¿Hay por ventura ministerio igual al ministerio de las almas? Vivir consagrado al bien ajeno, rendido a la divina voluntad; trabajando sin descanso, a toda hora, pronto a sacrificarse por Dios y por las almas; llevar, en fin, una vida de paciencia, de abnegación y de caridad, pudiendo decir con firme confianza: «mi gloria y salud están en Dios, El es mi auxilio y esperanza».

Bello es el campo que Dios os confía, ya en lo físico, ya en lo moral: vuestros pueblos os pertenecen de corazón, y se glorían de ello. Imbabura, esmeralda del Ecuador, de vegetación deliciosa y exhuberante; tierra de los idilios y ensueños primaverales, con su cielo de expléndidos arreboles que arrebata el espíritu; apenas puede haber otro más hermoso: sus moradores son virtuosos, católicos de convicción; su distintivo: la honradez acrisolada; amantes del trabajo y del honor, respetuosos a sus Prelados y defensores de su Fé. Sí, La Diócesis de Ibarra os espera con ilusión y grata sonrisa, como a Pontífice y Padre y amigo y benefactor.

Ilmo. Señor; tenéis a los niños, jóvenes y artesanos para educarlos en el santo temor de Dios, principio de la sabiduría, y en el amor de Dios fin de la sabiduría; a los ancianos para sostenerlos, a las viudas para ampararlas, a los hombres dignos e ilustrados para guiarlos; al Clero para santificarle y alentarlo en su misión divina. Como Pontífice, la Fé brillará en vuestra mente; la caridad arderá en vuestro corazón sostenido en el báculo de la Esperanza.

El V. cabildo, el Clero y vuestros diocesanos, os saludan con entusiasmo en este día, alabando al Señor por el magnífico presente que en Vos acaban de recibir de Dios.

*Quito, Noviembre 25 de 1917.*

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. DR. DN. MANUEL ALMEIDA B. CURA DE SAN PABLO, AL PONER EL ILMO. SR. ORDÓÑEZ CRESPO LOS PIES EN LOS LÍMITES DE LA DIÓCESIS DE IBARRA.

*Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo:*

Si hay días solemnes y de público regocijo en la Patria, los hay también en la Iglesia y para la Iglesia: uno de esos días solemnes, es aquel en que un Obispo entra, por vez primera, en su Diócesis; día en el que, con íntima fruición, miran los diocesanos a su nuevo Pastor, porque, además de la Historia, el cielo, entonces escribe su nombre venerando en los Libros Eternos.

Yo oigo a Cristo que dice a sus apóstoles, antes de volver a su Padre: «*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a las naciones.* (1)... *Quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia*» (2).

Por eso no temen los apóstoles decir a los pueblos que evangelizaban: *Somos legados de Cristo.* (3)... Cuando enseñan, Cristo enseña; cuando juzgan, Cristo juzga; cuando mandan, Cristo manda; hasta tal punto que toda estimación o resistencia, toda honra o ultraje vuelve, como de rechazo, de su sagrada persona a la persona misma de Cristo.

Benditos seáis, diré en Vos, Ilmo. Señor, a todos los obispos; benditos seáis, majestades santas, en quienes se manifiesta el reinado de Cristo: apresuraos a conquistar el mundo y dilatar la sociedad cristiana, cuyos soberanos sois vosotros: saludemos, imbabureños, a la venerable aristocracia que el Espíritu Santo puso al frente de la sociedad cristiana, a este Episcopado, porque obra divina son los obispos, señores, y excelentemente divina; lanzados sobre la tierra, para que los que son dueños de élla, los hombres se hagan también del cielo!

Dios os ha preparado para esta Diócesis: no lo dudéis. Sois, Ilmo. Señor, como el profeta Eliseo, discípulo de Elías, también profeta; sois digno sucesor de los González Calisto,

(1) S. Matth. c. 28, y 18 19.
(2) Luc, 10. 16.
(3) Cor. II — V. 20.

González Suárez, llorado recientemente, y Pérez Q.; éllos os han legado su manto, manto de mansedumbre, de sabiduría y acierto en el gobierno. Deseamos por esto, queremos, pedimos a lo alto, que conservéis ese manto, el más largo tiempo posible, según esa admirable, profunda e incomprensible especial providencia.

Vivíais, Ilmo. Señor, tranquilo y contento entre las dulzuras de vuestros verdaderos amigos, cumpliendo fielmente vuestro ministerio entre los cohermanos del Coro Catedral de la por muchos títulos, ilustre ciudad de Cuenca; pero, ¡oisteis! Monseñor, una voz del Vaticano, la voz del Pontífice reinante, que os designaba para Obispo de Ibarra, y —al punto—abandonáis vuestra apacible vida; dejáis vuestros campos con sus encantos; dejáis vuestra ciudad con el calor de sus afectos, y habéis venido sin demora, a apacentar el rebaño de Cristo en el plácido Imbabura, a dar la vida por sus ovejas.

«Anda, os dijo, Benedicto XV, *esgrime las armas, y pón en juego la táctica* de la milicia de Cristo, *allá, donde la obediencia te manda»* (1) ut evellas et destruas, ut ædifices et plantes». ¡Benditas seais, repetiré con extremado júbilo, majestades santas; benditos soberanos del Dios soberano!

Vedle, señores, ya está entre nosotros; dirigid vuestros ojos hácia El: ¡ah! qué majestuoso, qué imponente, y con qué sublime afabilidad se presenta nuestro Obispo!... ¡Me figuro, señores, compañeros míos, ver, al *gran* Sacerdote de la antigua Ley, cuya sola mano podía descorrer el velo que cerraba la entrada del *Santo* de los *Santos,* de ese recinto misterioso!

Escuchad: un ruido armonioso se deja oir: es el Sumo Sacerdote. Las campanillas de oro, colgadas de sus vestiduras, anuncian su llegada: los sacerdotes y el pueblo lo advierten, y se inclinan ante ese representante de Dios y de los hombres. ¡Qué bello aparece con la púrpura y el oro, de que su éfodo está bordado! ¡Con qué majestad lleva sobre su pecho el *racional* de piedras preciosas en que están grabados los nombres de las doce tribus, donde brillan estas palabras, que resumen toda la revelación divina: *doctrina y verdad;* y en su cabeza, la diadema de triple corona, y la venda sagrada donde se lee: «Sanctum Domino».... El sólo, señores, representa al pueblo entero en sus relaciones con el Altísimo.

(1) Jer. 1, 10.

¿Qué de semejanza en nuestro Prelado?.... Ved su anillo: significa el desposorio con la Iglesia de Ibarra....-- ¿Qué ese pectoral? — Sacrificio y amor.... ¡Cruz de oro, Ilmo. Señor!....

Antes de escuchar vuestras palabras, hemos venido a encontraros, como en otro tiempo los enviados de la Sinagoga fueron al encuentro de S. Juan Bautista en el desierto, y preguntaros: ¿*Quién eres?* — ¿Tu quis es? (1). Eres tú profeta?.... ¡Cómo he de ser profeta nos contestais; ninguna necesidad tenemos de oráculos: la realidad prometida se ha manifestado en una luz incomparable!.... *Tu* quis es?.... — Eres Elías? (2) — ¡Cómo he de ser yo Elías, continuais diciéndonos: no ha llegado aún su hora: esperad la suprema catástrofe que lo ha de traer a la tierra!

Entonces: ¿quién eres tú?; dinos con verdad, para dar una respuesta cierta y atinada a los que nos han enviado: ¿Eres tú—por ventura—Cristo?.... ¡ah! señores: he aquí la grande y solemne pregunta!.... ¿la respuesta? ¡oidla! ¡Es Cristo, es el gran sacerdote, es el Pontífice, el Obispo de Ibarra: «Confessus est.... quia ego sum Christus....» Pronto — muy pronto — en nuestras iglesias se oirá el cántico del santo Rey y Profeta: « Juró el Señor y no se arrepentirá de su juramento, que tú serás sacerdote para siempre, *Juravit Dominus et non pœnitevit eum; tu es sacerdos in aeternum* (3).

Dios mismo creó esta Diócesis, Dios mismo la conserva y la conservará; y Vos, Ilmo. Señor, sois el continuador de ese gobierno divino, ¡adelante!.... Venís en nombre de Dios?.... Adelante!....

Oh! afortunadas provincias del Imbabura y Carchi!: abrid vuestras puertas, dad paso franco y libre a que entre vuestro Príncipe que viene!.... ¡oh amada Diócesis mía! has estado de duelo, porque perdiste a tu Pastor; despójate — pués — ahora de los velos de luto y de ese manto de viudez, toma — sin demora — los arreos nupciales; canta un himno nuevo y sal al encuentro de tu esposo, que viene: *ecce obviam ei;... ecce sponsus venit* (4). Ahora, saltad de gozo, vosotros montes y collados — *sicut agni ovium* (5) — como tiernos corderillos: vosotros lagos do Imbabura, haced

(1) S. Joan. 1, 19.
(2) Ibid. 1, 21.
(3) Ps. 109, 4.
(4) Matt. 25, 6.
(5) Ps. 118, 4.

ostentación de vuestro júbilo; saludad con vuestras apacibles aguas, al nuevo Obispo: no volváis atrás y ni emprendáis en fuga, como el mar y el río Jordán, a la presencia del pueblo de Israel, nó: repitan, sí, vuestras ondas, en suaves murmullos, ese sagrado nombre, *el Obispo de Ibarra.*

Os diré, Ilmo. Señor, en este momento solemne, lo que dijo David al Dios y Señor de los cielos: *Non mortui laudabunt te, Domine;.... Sed nos, qui vivimus benedicimus Domino, ex hoc nunc et usque in saeculum* (1); Los muertos no podrán ya alabaros, Monseñor, pero sí nosotros, nostros que vivimos aún os bendeciremos, desde este instante y para siempre!

Vos, Ilmo. Señor, armáos de vuestros atractivos y de vuestra genial bondad: un paso más adelante, y entrad en vuestra Diócesis; avanzad hasta las más íntimas profundidades de los pueblos y de las almas: *intende, prospere procede et regna* (2).

M. Almeida B.

*San Pablo, Diciembre 7 de 1917.*

(1) Ps. 118, 17 y 18.
(2) Ps. 44, 5.

---

# SALUDO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR JOAQUÍN SAONA, PRESIDENTE DEL ILUSTRE MUNICIPIO DEL CANTÓN OTAVALO

Ilustrisimo y Reverendísimo Señor Obispo:

El Subcomité de caballeros, organizado en esta ciudad, y que lleva vuestro ilustre nombre, me ha confiado el encargo de daros el saludo de bienvenida, encargo que si me honra en alto grado, no se compadece con mis escasas facultades intelectuales; dígolo, Ilustrísimo Señor, sin falsa modestia. Y no habría accedido a cumplir esta difícil comisión, si no viera en Vos al sabio Prelado: benigno e indulgente, como todo lo ideal y grande.

Aceptad, pues, Ilustrísimo Señor, el saludo de bienvenida que, en representación del Subcomité y en el mío propio, os doy; aceptadlo, por ser esencialmente espontáneo, porque está empapado en purísima sinceridad y acendrado amor, y porque emana de una creciente y duradera simpatía.

El pueblo otavaleño siente gratísima satisfacción, noble orgullo de recibiros como Pastor y bendice al Sumo Bien por haberle deparado tan grande beneficio; la ciudad viste de gala exteriorizando sus sentimientos de filial cariño hacia Vos; y os aseguro, Ilustrísimo Señor, que, sin distinción de clases sociales, con docilidad, sumisión y obediencia, este Pueblo, estará siempre de vuestro lado cuando vea conculcadas las creencias augustas que heredó de sus progenitores: la Religión Católica, bello tesoro, talismán precioso, joya de inestimable valía, que con tesonero afán y esmerado cuidado guarda en lo más íntimo de su sér.

Ardua y difícil es vuestra misión, escabrosos los senderos porque habéis de conducir vuestro rebaño, proceloso el mar que debéis atravesar para salir a seguro puerto; pero el Cielo os ha dotado de dones no comunes; y con fe, perseverancia y abnegación, vuestra será la victoria.

Para laborar por el bien de las almas, como Pastor y Maestro, no estáis solo, Ilustrísimo Señor, contáis con el auxilio divino, con un Clero inteligente, ilustrado, culto y moral, que ha sabido, si se me permite la expresión, inocular en sus feligreses amor y confianza en el Mártir inmolado en el Gólgota; con un clero que sin desmayar en los desengaños ni enorgullecerse en los triunfos, ha sabido cumplir las leyes del Divino Maestro y granjearse el bien entendido respeto y cariño de su rebaño.

Asimismo, confiamos que Vos, Ilustrísimo Señor, seréis nuestro norte y guía; el padre amante y tierno que en los amargores de la vida, endulzaréis nuestras penas; que con mano cariñosa enjugaréis las lágrimas de dolor, que queman el alma y torturan el corazón; que sabréis confortarnos en nuestros rudos trabajos; que sabréis enseñarnos resignación, cuando las calamidades e infortunios visiten nuestros humildes hogares, al par que a bendecir la augusta mano que los envía.

Temo fastidiaros, Ilustrísimo Señor, alargando esta mal hilvanada alocución; y termino, haciendo votos: porque las auras de esta hermosa Provincia os sean saludables y benéficas; y porque el noble y generoso comportamiento de vues-

tros hijos en el Señor, os hagan olvidar la nostalgia motivada por la ausencia de vuestra no menos hermosa tierra, cuna del talento y de la virtud.

---

# ALOCUCION

PRONUNCIADO POR EL SR. DR. DN. MOISÉS GUZMÁN EN EL BANQUETE OFRECIDO POR EL CLERO DE LA VICARÍA DE OTAVALO AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SR. ORDÓÑEZ CRESPO

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

En Vos saludo al Príncipe de la Iglesia Ecuatoriana, al heredero del Episcopado Apostólico, al enviado por el cielo para apacentar la Grey de estas dos provincias, al que viene en el nombre del Señor.

Oleo, Mitra, Báculo, Anillo y Pectoral: emblemas son de vuestro reinado, de vuestra grandeza, del Rebaño que se os ha confiado, de vuestro místico desposorio con la Diócesis Ibarrense y de la cruz de amarguras y contradicciones que os espera, porque la vida de los grandes es vida de sacrificios.

Bienvenido séais, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, a llenar las esperanzas de una Diócesis que impaciente os aguardaba, fijando en Vos sus miradas y saludándoos de lejos, antes que pusierais vuestras plantas en sus territorios.

Otavalo, la ciudad hermosa a quien la Providencia se ha esmerado en conceder una naturaleza vestida de verde esmeralda, orlada de diamantes y rubíes, os saluda llena de dulces fruiciones; las rosas y los lirios, las azucenas y los nardos, las violetas y los jazmines os ofrendan el perfume de sus aromas; las campiñas y los prados, sus pámpas de coral, las fuentes, sus deliciosas aguas; los lagos dormidos, reflejo de blancos cristales, su belleza y hermosura; el suelo, la delicia de su primaveral clima; el cielo azul turquí, matizado de blancas nubecillas y arrebolado de variados matices de la tarde, su majestad y esplendor, y sus pobladores depositan en vuestras manos sus corazones.

Cual blanca violeta de los jardines del Azuay fuisteis trasladado al hermoso verjel de la Ciudad Eterna, y allí,

en la mañana, así abristeis tu corazón a las virtudes cris tianas, para que en él anidaran todas.

Largos años has llevado vida de silencio, de retiro, escondido a los ojos de los hombres, sólo de Dios conocido, hasta que llegó el día que el Vicario de Jesucristo en la tierra fijara en Vos sus miradas, te sacara de esa escondida vida tan apetecida por los sabios, y te destinara para Pastor de la Grey Ibarrense.

Pequeño grano de mostaza en un principio, y ahora, árbol secular cargado de copiosos y maduros frutos, venís a repartir la suavidad y dulzura de esos frutos y a cobijar con tu bienhechora sombra dos provincias confiadas a tu paternal solicitud.

Lámpara preciosa, oculta debajo del celemín, venís a colocaros sobre el candelabro de la Iglesia Ibarrense, para que desde el alto trono de tu dignidad episcopal derraméis raudales de luz, de esa luz refulgente de tus talentos, de tu ciencia, de tu vasta ilustración.

Bendito el que viene en nombre del Señor!

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: aceptad este banquete que el Clero de la ciudad y los Comités os ofrecen, pobre y humilde ofrenda, cierto, pero sazonada con amor filial y sincero, con respeto y acatamiento que os profesan como a Padre amado y Pastor bendecido.

*Otavalo, 7 de Diciembre de 1917.*

---

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR LA SEÑORITA DÑA. CARMELA ALARCÓN EN NOMBRE DE LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS DE OTAVALO, AL SALUDAR AL ILMO. Y RVMO. SR. DR. DN. ALBERTO M. ORDÓÑEZ C. EN SU PASO A IBARRA

Ilustrisímo y Reverendísimo Señor:

En áureo documento habéis dicho que Otavalo es el *verjel de Imbabura.* Habéis dicho bien. Y ya estáis en el verjel, que os ofrece sus primores.

Pero hay otro verjel más bello, más lozano, más perfumado: el verjel de corazones que os aman, de voluntades que se os rinden; sobre todo, de almas cristianas que en la augusta persona vuestra ven representada la mansedumbre, la santidad, la hermosura moral de Jesús, el divino Pastor que da la vida por las ovejas, el Cordero inmaculado que se apacienta entre azucenas; y que, por lo mismo, no pueden ménos que reverenciaros, que someterse a vuestra autoridad, y seguir vuestra voz; voz solícita y caritativa, que — según la sagrada frase del mismo Jesús — *llamará a las ovejas por sus nombres;* voz dulce como los pintorescos idilios de Galilea; armoniosa como las azuladas ondas del lago de Tiberiades; inefable, celestial, como los fulgores del Tabor; radiante, sapientísima, universal como la enseñanza de la célebre Montaña de las Bienaventuranzas, que brotaran de mina rica e inagotable como granos de oro para formar la Corona de la humanidad; encantadora, efusiva, generosísima como los acentos eucarísticos del Cenáculo; sombría, pavorosa, pero redimente, salvadora, triunfante como las rojizas sombras del Calvario!!!....

Otavalo, Ilustrísimo Señor, se gloría de teneros por su Pontífice y Padre; y ya es totalmente vuestro; y late, palpita con los latidos de vuestro pecho; y, en adelante, no tendrá más respiración de su vida sobrenatural que el aliento puro y vivificante de vuestro espíritu, que se nutre y robustece con la savia fecunda de quien dijo: *Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos.*

Sois nuestro Pastor; y un Pastor que, de veras, ama al primer Pastor, divino, de las greyes cristianas. Y si así es, estamos muy seguras y medradas. Pues Jesucristo, para entregar el rebaño de las almas, el cuidado de pueblos y naciones, no exigió de su Apóstol sino *amor.* ¡Pedro, *me amas?* — Apacienta, entonces, mis ovejas.

Otavalo se reclina en las faldas del majestuoso Imbabura, como en blando regazo. Así, hoy, en sentido más elevado, los moradores de estas comarcas confiadamente, se recuestan en vuestro pecho, a la sombra de vuestra sublime y paternal autoridad. Y el beso de las festivas, sonrientes ondas de nuestro lago simboliza la felicidad que, a raudales, se derramará del océano de vuestro celo de Obispo, y de vuestros ideales y energías de patriota.

Hermoso, justo deseo del poeta azuayo hablando de vuestro cayado: «Y descanse el cayado en jazmín». ¡Que-

réis, Ilustrísimo Señor, que os presente, que os ofrende jazmines para descanso de vuestro cayado? Los latidos, los afectos del corazón de la mujer otavaleña, corazón cristiano, piadoso, delicado, que ama lo noble, lo bello, lo santo y lo sublime. . . Corazón que anhela, como la vida, como la gloria, las bendiciones sacrosantas de su Obispo!!

---

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR, EN NOMBRE DEL PUEBLO DE ATUNTAQUI, AL PASAR EL NUEVO PRELADO POR ESE TERRITORIO

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Antes de vuestra llegada feliz a la mansión episcopal que os ha señalado la Divina Providencia, desde la plenitud de los cielos, permitid a los hijos de Atuntaqui interceptar por un momento vuestro paso triunfal para saludaros con toda la efusión de su alma, con ese cariño inmenso de que es capaz el corazón cristiano, a la vista de su nuevo Padre y Pastor amadísimo; para manifestaros su inefable complacencia por la dicha de poseeros ya; para dirigiros los más fervientes votos porque os reciban apacibles y siempre os acaricien con amor las brisas del Imbabura, prometiendo la ventura personal de Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima, en medio de nosotros; y, por último, para imploraros reverentes vuestra primera bendición pastoral.

Con este encargo vengo yo, Ilustrísimo Señor; y lo he aceptado confiado en vuestra benevolencia paternal e invocando esos títulos de ternura indecible que despiertan sensaciones de entusiasmo y gratitud, en el corazón de vuestros diocesanos; esos títulos elocuentes que revelan vuestra heroica resignación apostólica hacia la voluntad del Altísimo, y que hacen precisamente de vuestra augusta personalidad el Abraham del Antiguo Testamento.

Refiere, señores, la Escritura Sagrada que cuando los primeros hombres perdieron la fé en la promesa de un Redentor; cuando los horrores de una idolatría general los había disipado de su Religión verdadera, el Señor dirigió sus miradas de elección al justo, fiel y piadoso Abraham

que vivía en Ur de Caldea, y le dijo: Sal de tu tierra, abandona tu familia y vé a la tierra que te mostraré en donde te haré Padre de un gran pueblo; todos te bendecirán y yo glorificaré tu nombre y bendeciré a los que te bendijeren.... Abraham, dócil a la voz de su Criador, salió de su patria y fué a habitar la tierra de Canaan, con su frente inclinada a la voluntad de Dios.

¡Ah, Ilustrísimo Señor! Elegido también en los designios de la Divina Providencia Padre de la diócesis ibarrense, habéis abandonado así mismo vuestro suelo querido; habéis dejado ya esa ilustre Atenas de la intelectualidad ecuatoriana, con vuestras más caras afecciones, para trasladaros a Ibarra, la ciudad joven de la República y símbolo de esa majestad silenciosa y encantadora de sus lagos y de estos montes, para pastorear desde élla a las almas que habitan del Carchi al Mojanda, inquiriendo sus necesidades para socorrerlas; escuchando las quejas de sus tribulaciones para consolarlas.

Pues, a nosotros, compatriotas, nos toca, por consiguiente, recibir en nuestro corazón al enviado del Señor; a nosotros nos toca, bondadoso Padre, la más consumada adhesión a vuestra paternidad espiritual; corresponder vuestra abnegación apostólica con nuestro amor y glorificar vuestro nombre con salves de bendiciones y hosannas de felicidad!!!

¡Atuntaquireños! que me habéis dispensado el honor de este encargo, caed de rodillas sobre esta prehistórica Tumba de Cacha; y Vos Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, bendecidnos con todo el poder que habéis recibido del Cielo!!!

*Leonidas Meneses.*

# BRINDIS

PRONUNCIADO POR EL SR. DEÁN DE IBARRA, AL OFRECER AL ILMO. SR. OBISPO ORDÓÑEZ CRESPO EL BANQUETE CON QUE LE OBSEQUIÓ EL CAPÍTULO CATEDRAL, EL DÍA DE SU ENTRADA A IBARRA

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Trazados por la mano de Dios, hay en la historia de la vida humana paréntesis de embriagadora felicidad, que nos hacen olvidar por un instante las miserias y amarguras — compañeras inseparables en nuestra peregrinación terrestre. En esos momentos, tan cortos por la duración, como largos por la intensidad de las emociones, brisas del paraíso refrescan nuestra frente; celestiales efluvios recorren los senos del corazón, dilatándolos e hinchéndolos por singular manera. — Para nosotros, acaba de abrirse uno de esos paréntesis con vuestra venida. Ibarra rebosa de júbilo: como electrizadas al golpe de religioso entusiasmo, las muchedumbres han acudido a sembrar de flores la senda de vuestra triunfal entrada; y de todos los pechos y de todos los labios, ha brotado, en unísono concierto, el himno placentero: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»

Y a fe que hay razón y mucha para estas efusiones de entusiasta regocijo. Una cuna rodeada de esplendores; una carrera literaria y científica, con cien trofeos señalada; una vida tan benéfica como modesta, y perfumada de virtudes, y repleta de bendiciones: todo ello os circunda de un nimbo de honor y prestigio, y os atrae èl aprecio universal, y os conquista todas las simpatías, y os cautiva todos los afectos, y mueve todas las lenguas para aclamaros y bendeciros.

Pero yo, el último de vuestros sacerdotes, quiero prescindir de todos esos títulos, que ofrecerían pábulo a la admiración y la alabanza, para penetrar con indagadora mirada en el secreto de vuestra alma y contemplar allí, coronado con las pudorosas violetas de la modestia, el sello de la predilección divina, circuido de refulgente nimbo, el sagrado carácter de Ungido del Altísimo. — Quiero clavar mi vista en esa sagrada mitra, que se ufana de verse colocada sobre

vuestra frente; en el cayado que sostiene vuestra diestra; en el anillo nupcial, que simboliza vuestro místico desposorio, al son de angélicas cítaras, celebrado. Emblemas de vuestra dignidad; credenciales que os acreditan Embajador de Cristo ante nuestros Pueblos y nuncio de paz y bienandanza; esas insignias exigen de nuestra fé rendidos homenajes de acatamiento; tributos de adhesión; cariño, intenso cariño, que sea como la eflorescencia del sentimiento religioso, como el perfume de la Religión divina. Por éso, Ibarra, alborozada, os ha franqueado sus puertas; y yo, en nombre del Cabildo Diocesano, vengo a poner, reverente, en vuestras manos las áureas llaves del corazón de la Diócesis. Para saludaros en nombre suyo y ofreceros el modesto banquete preparado por los que se glorían de formar vuestro Senado, ¡quién me diera que mí alocución fuese el vaso alabastrino de la afortunada mujer del Evangelio y que contuviera, como aquel, la esencia de todas las flores, el perfume de todos los afectos; y que, al romper el vaso a vuestros pies, quedara esta estancia henchida de aromas, como aquella de que nos hablan los Libros Santos. ¡Tuviera, al menos, un verbo incandescente y una elocuencia arrebatadora para trasparentar mi alma y traducir con palabras los sentimientos que mantienen en afanoso palpitar mi corazón en estos instantes!....

¡Bien venido seais, Pastor ilustre! ¡El Cielo os colme de bendiciones! ¡Bienvenido seais al seno de la Grey que, presurosa, acude a escudarse bajo vuestro cayado! Venís, Señor, de tierra de hidalgos a una tierra donde la hidalguía tiene tantos súbditos, como son sus moradores: venís de la clásica Ciudad del catolicismo ecuatoriano, a esta Ciudad donde el amor a la Religión divina es el alma del alma imbabureña. ¡Bienvenido seias! Cuenca e Ibarra son dos hermanas, que se aprecian y aman mutuamente — Cuenca, hermana mayor, en la plenitud de su desarrollo, exuberante de vida; Ibarra, con noble emulación, aspirando al mismo grado de perfeccionamiento, y segura de obtenerlo a la sombra de la Fé. Vínculos de oro acaban de estrechar estas dos nobilísimas Ciudades: de hoy más, seréis Vos, Ilustrísimo Señor, la hermosa lazada que las conserve así íntimamente unidas.

No se nos oculta cuán doloroso sacrificio os ha exigido el Divino Pastor de las Almas: con cuánta abnegación habéis salido, como Abraham, de vuestra tierra, de vuestro

hogar solariego, del seno de esos seres tan queridos, de los cuales sois prez y ufanía, para venir a estas lejanas regiones, donde Dios, recompensando vuestra fé abnegada, os ha constituido Padre de muchos hijos; hijos que se esforzarán en pagar vuestro amor y sacrificios con afecto íntimo, con filial reverencia, con adhesión inquebrantable.

Talvez, Señor, talvez os esperan sufrimientos y tribulaciones; angustias y tristezas; luchas y abatimiemtos.... ¡Ah! ¡No siempre los pies de los que anuncian la paz han de caminar sobre flores! Pero estamos convencidos de que ningunos contratiempos tomarán, por asalto, la fortaleza de vuestro espíritu, ni perturbarán la dulce serenidad de quien se apoya en la asistencia y protección divina. ¡Ah! el Amor de Dios tiene el mágico poder de convertir en flores las espinas y hacer brotar esplendorosa luz del seno mismo de las tinieblas — Nuestros más fervientes votos son, Señor, de que vivais entre nosotros respirando siempre un aire de felicidad; amado de todos; de todos bendecido: que vuestro gobierno sea fecundo; que manos angelicales vayan recogiendo, solícitas, las flores que brotaren durante vuestro Pontificado; flores que un día se convertirán en espléndida, inmarcesible corona....

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: Os invito a libar esta copa por el Soberano Pontífice, que, en hora feliz, os eligió Pastor de este rebaño; por vuestro egregio consagrante, el benemérito Prelado de Cuenca; por el Cabildo y Clero Azuayos, prez y honor de la Iglesia ecuatoriana; en fin, por vuestra felicidad personal. Que vuestra benéfica existencia se prolongue luengos años y que vuestro Pontificado deje en pos de sí estela esplendorosa e inextinguible!.... ¡Salud!

*Ibarra, 8 de Diciembre de 1917.*

*F. A. Recalde.*

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR A. PASQUEL PRESIDENTE DEL COMITÉ DE SEÑORES «ORDÓÑEZ CRESPO», EN LA VISITA OFICIAL AL ILMO. SEÑOR OBISPO EN SU LLEGADA A IBARRA, EL DÍA 9 DE DICIEMBRE

Ilustrísimo Señor:

Señores:

Saludaros, ahora, Ilmo. Señor, es saludar a las glorias más puras y esplendentes de la perínclita Cuenca; es ensalzar las eminentes virtudes, la bien nutrida ciencia y el impoluto honor del Clero ecuatoriano; es encarecer, con jubilosa ufanía, las esperanzas más risueñas de la Diócesis ibarrense, que palpitan entre irradiaciones de una luz y de una armonía, que parece no tendrán ocaso, ni desconcierto decepcionante!!

¡Radiosas esperanzas, plácidas armonías! Sí, vuestras lucidas prendas, vuestros bien fundados merecimientos de granítica solidez, los bellísimos rasgos de vuestra fisonomía moral, dulce como arrullo de paloma, suave como beso de aurora, serían suficiente base para que Ibarra se sintiese muy esperanzada. Empero hay algo más: por corta que fuese la vista de nuestro espíritu, no se nos oculta que la exaltación vuestra al episcopado es muy *providencial;* es de esas designaciones en que parece que Dios, si me permitís hablar así, celoso de su gloria, y llevado de uno como divino y sublime egoísmo, quiere actuar por sí sólo, burlando cálculos humanos....El pastorcito de los prados de Betlém, el último de los hijos de Isaí, de áurea cabellera y linda figura, David, ungido por el Señor, y sublimado a la excelsa dignidad de Rey, porque *Dominus intuetur cor,* porque Dios sabe leer en las purpúreas páginas del corazón humano, ése sois Vos: *David del Episcopado. Omnis gloria ejus filiæ regis ab intus.* Esa gloria cantada por el Salmista, gloria que vive, y se arrebola en los secretos, pero dilatados y fulgurosos horizontes del alma, esa beldad de la hija del Rey: he ahí vuestra gloria y vuestra beldad. Alma real, la vuestra; envuelta en nimbo de verdadera gloria, ¿cómo podía esconderse de las pupilas de Nuestro Señor Jesucristo, que cual las del águila, se hartan

de sol, y penetran los abismos? Lo que los hombres no miraban, miró Jesucristo.... y sois Obispo. Un Obispo Monarca! Pastor! Un Pastorcillo, tan del agrado de Dios, tan de las simpatías de la grey, que merece se cumpla, como se ha de cumplir, el deseo noble y delicado del poeta azuayo:

«Sombra le hagan del monte las palmas,
y, trocado el sendero en jardín.
se perfume en clavel su sandalia,
y descanse el cayado en jazmín» (1).

Dios miró los arcanos de vuestra gloria, como un día sorprendiera las perfumosas y fecundas maravillas ocultas en el espíritu de Aarón: sois Pontífice, Sumo Sacerdote: vuestra mitra, vuestro Efod, tachonados de varias joyas y primores, diciéndonos están que seréis un resumen en que se sinteticen, se cristalicen, la austera y pacífica mansedumbre de Yerovi; la sencillez y nobleza evangélica de Iturralde; la gentil y magnánima bondad de Checa; la dulzura, la piedad y candor infantil de González Calisto; la sabiduría y atlética y abnegada energía de González Suárez—Condor de la Iglesia Ecuatoriana—; la cautivadora elocuencia, la vasta ilustración, la actividad laboriosa, la destreza canónica en el manejo del timón, de Pérez Quiñones. Vuestro gobierno—por lo mismo—será de paz! Vuestra historia, será la historia del Arco Iris. Vuestro pastoreo serán idilios de amor; poemas formados por notas del vallecito de Samaria, por cadencias de junto al brocal del Pozo de Jacob...., perfumados por el aroma de los nardos de Magdala...., humedecidos por el rocío de las lágrimas que empaparon la frente del Hijo Pródigo; ensangrentados por la huella del Buen Pastor, que entre zarzales recobra a la oveja perdida....

Estáis ya en Ibarra. No temáis. Ibarra os ha recibido de rrodillas. Pobre es. No tiene esmeraldas para ofrendaros, pero os ofrece sus praderas de un verdor primavelal, lozano, exhuberante. A falta de zafiros, hay un cielo azul, que compite con el azul de los laguitos, en cuyos cristales retoza. ¿No hay rubíes? Allí se ve la ensangrentada nube de los arreboles, con que las tardes de verano se engalanan. Allí sonríen regias rosas que decoran los jardines. Allí ah!....el rubí palpitante de corazones que os aman, rubí guardado en el precioso cofre de pechos católicos....

(1) Hojas Literarias en honor del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Alberto M. Ordóñez Crespo, Dignísimo Obispo de Ibarra.—Cuenca, Ecuador. 1917.

¡Y por qué echar de ménos la plata, si mejor que plata bruñida son nuestros picachos, nevados que se destacan muy alto? Y blancas azucenas argentan los campos, alegrándolos cual bandadas de garzas. Y almas vírgenes forman vergel ameno donde se apacienta el Cordero inmaculado: *Qui pascitur inter lilia!* Oro! Oro! ¿Dónde lo hallaremos? Ya podéis imaginaros extensos trigales de rica espiga, áurea espiga en sazón; y al verlos, habéis de recordar los campos de trigo que Jesús, arrimado al misterioso pozo de Samaria, veía con placer, porque simbolizando estaban la mies viva, la mies madura, la mies de las almas redimidas, próxima a ser recogida en los graneros del Padre de familia, del Padre divino de la familia cristiana! Oro! Oro! Os pertenece un Clero secular y regular, piadoso, ilustrado, dócil. Vuestro Capítulo Catedral, vuestro Senado os rodeará con reverencia, adhesión, apoyo y fidelidad. No temo afirmar que será vuestra mejor corona, corona de subidos quilates, esplendorosa!

Estaos en vuestra cara Diócesis; tranquilo.

Vuestros diocesanos no aumentarán espinas y dolor a los cuidados, y afanes, y penalidades inherentes al augusto ministerio de Pastor. Y, acaso, no habrá necesidad de que el Pastor ibarrense, como lo insinúa el poeta:

«Y consuelo demande a su Cuenca,
cuando el lloro humedezca su faz»

sino que:

«Y al cayado de flores se arrime
si le hiere la cruel soledad».... (1).

Es cierto que habéis encontrado a la Diócesis con el rostro un tanto quebrantado, pálido y lloroso; los atavíos y galas del desposorio algo recogidos, en actitud de ángel que casi plegara sus alas cobijado por la sombra del ciprés;.... *No se os oculta el motivo*.... (2). Mas esas lágrimas serán rocío que, cayendo en las corolas de las flores que os ofrende, las vivifique más, las lozanee, las perfume.... lágrimas de dolor santo y generoso son diamantes con que se embellece la diadema de los grandes, de los felices, según el sentido del Evangelio, de los héroes!....

(1) Hojas Literarias.
(2) Había muerto ya el Ilmo. Señor González Suárez: cuarto Obispo de Ibarra.

Termino como empecé: saludando a Cuenca. Salve, oh Clásica Cuenca!! Loor a la fraternidad azuayo-ibarrense! «*La joya arrancada al manto de la Iglesia del Azuay va a lucir, ahora, en la corona de la Iglesia de Imbabura: no de otra manera el lucero se desprende del manto de la luna y va a coronar la frente de la aurora*».

---

# SALUDO

AL ILMO. Y RVMO. SR. DR. DN. ALBERTO MARÍA ORDÓÑEZ CRESPO, EN SU VISITA AL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Ilmo. y Rvmo. Señor:

Habéis dejado vuestro nido de tánto cariño y ternura, de dulces afecciones, para venir acá.

Paloma mensajera de paz, sacudisteis el ala al soplo del espíritu de Dios, tendisteis el vuelo, lejos muy lejos en busca de otro nido, trayendo en pico de oro, teñido en amor, un ramito de oliva con que cercar y embellecer este nido, que se llama Diócesis, nido de amores puros y sobrenaturales, donde el Corazón del Obispo rebulle, se agita con sacudidas blandas y sublimes, da la vida, fecundiza las almas, y se inmola....En el gran nido del Episcopado, este Colegio ocupa una parte pequeñita, pero amable; modesta, pero importante; diminuta, como las pajas de la cuna de Belén.....De pajas fue el sagrado nido de Jesús....No las trocaría por mullido lecho de seda y púrpura.

Qué sacrificio habéis consumado al venir!!..Cierto: «los arroyos dejan llorando la montaña donde nacieron» (1); pero es para llevar lozanía, florescencia risueña, rica mies al valle, a la pradera. Riachuelo de aguas cristalinas y saludables, desprendido de la hermosa cima del Azuay; en hilos de irisada plata, corréis presuroso a regar los campos bellísimos de la Diócesis ibarrense. Es vuestra caridad evangélica, es nuestro celo por la gloria de Dios, la corriente que en ondas divinales ha de santificar las almas, quienes devolverán

(1) Hojas Literarias.

el benéfico riego con frutos de exhuberantes virtudes.—Y en los amenos campos de la Iglesia Imbabureña, hay un *vergelito*, casi escondido, donde soplan tímidas auras, y se exhalan modestos perfumes. ¿Lo adivináis?.... Para sus flores no os pedimos que distraigáis vuestro abundoso caudal; nos contentaremos con que no les neguéis las gotas de rocío, calladas, pero amorosas; no corren, no se dilatan; sino que penetran en el seno precioso donde germina la vida.—Si alguna vez el dolor lacera vuestro corazón, y vuestros ojos se humedecen con el llanto, venid a derramar vuestras lágrimas en las corolas de estas cándidas, níveas flores. Y cuando sonriais, que esas sonrisas paternales sean ósculos de luz y de calor que las abriguen, que las lozaneen.

Se ha dicho, y muy bien, con gracia encantadora: «La joya arancada al manto de la Iglesia del Azuay va a lucir, ahora, en la corona de la Iglesia de Imbabura: no de otra manera el lucero se desprende del manto de la luna, y va a coronar la frente de la aurora.»—Sí, Ilmo. Señor, sois lucero, con irradiaciones de ciencia, con plácidos y titilantes fulgores de dulzura y mansedumbre. Habéis venido a coronar la frente de nuestras auroras. Sois lucero, cuya lumbre ha sido prendida por la mano de Jesús; del que dijo: «Yo soy la verdad». ¿Venís en busca de auroras? ¿Qué mejor aurora que la de la infancia, y de la juventud? ¿Qué aurora más hermosa que la de la mujer que se educa, porque, educándose, será seguramente el preludio, el alborear de un sol que llegue a su cenit, al cenit de la verdadera felicidad y progreso y civilización de pueblos y naciones?—Sois lucero: nos negaréis vuestras claridades?—En vuestra Primera Pastoral, tan nutrida de sabias, agradables y provechosísimas enseñanzas, decís: «El corazón de la mujer es suave, es compasivo, es piadoso; el corazón de la mujer es formado para amar; ¿y a quién ha de amar con más ternura la mujer que a Jesucristo? Seguid, queridas hijas, las gloriosas tradiciones de la mujer: leed los evangelios y en todos ellos no encontraréis ni un agravio inferido a Jesucristo por la mujer, pero sí, escenas admirables y conmovedoras de amor y compasión, cuya protagonista era, casi siempre, una mujer». Qué hermosas y elocuentes palabras....Cuánta luz hay en ellas!....¡Son tán significativos, tán importantes, tán sagrados los destinos de la mujer! ¡Ella, la protagonista en los dramas de fe y de amor, de sacrificio y compasión? Pues bien: sed nuestro lucero, Ilmo. Señor! Alumbrad nuestras alboradas! Embelleced el crepúsculo matutino de las sociedades. Si, Ilmo. Señor, no

reputaréis como audaz pretensión si os pedimos que seais el Lucero de esta casa: de la Comunidad Betlemita, del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, ¿no veis que aquí se educa la mujer, destinada a ser la protagonista en las escenas de la civilización cristiana? Y nadie crea qua es egoísmo nuestro: la estrella puede prodigar su brillo en un girón de cielo, sin que la niegue a otras regiones.

Este modesto acto con que acaba de ofrendaros este Colegio, Ilmo. Señor, es de nuestra parte una prenda de nuestro cariñoso respeto; de nuestra reverencia, de nuestra docilidad, acatamiento y adhesión a vuestra augusta persona. En esta manifestación literario-musical no habréis hallado otro mérito que el de notas sencillas, cordiales, con que háse formado un concierto que, si no tiene la delicadeza, la melodiosa pompa del canario o ruiseñor, no le falta la modesta y simpática música del jilguerillo que, ufano, gorjea en la enramada de los bosquecitos de Imbabura.

Si merecemos, en retorno, Ilmo. Señor, vuestras paternales bendiciones y solícitos cuidados, nos daremos por satisfechas, y nos sentiremos felices!!

---

# DISCURSO

DE INTRODUCCIÓN AL ACTO LITERARIO - MUSICAL OFRECIDO POR EL COLEGIO DE BETLEMITAS AL ILMO. Y RVMO. SR. DR. DN. ALBERTO M. ORDÓÑEZ C., CON MOTIVO DE SU LLEGADA A LA CAPITAL DE SU DIÓCESIS, PRONUNCIADO POR LA NIÑA ESTELA VILLAMAR

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor,

Señores:

¡Cuán sublimes y delicadas relaciones median entre los miembros de la gran Familia de Cristo, mientras peregrina aquí en la tierra, en el seno de la Iglesia Católica, como en casa solariega!....

Familia formada por Cristo, alimentada por El, instruida por El: ¡Qué bien se ejercita en élla la paternidad; cuán tierna y dulce es la filiación que de aquella paternidad dimana!

La divina Providencia os ha constituido nuestro Padre, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: desde el momento que fuisteis ungido con la Consagración Episcopal, vuestra sagrada persona quedó inscrita en el número de los Príncipes de la Casa de Israel, y enriquecida con la abundancia de los Dones del Espíritu Santo, para formar — como lo habéis dicho en vuestra Apostólica Primera Carta Pastoral — un solo corazón con vuestra Diócesis — esto es: para gobernar santamente la familia que Cristo os señalara.

Miembros de esta familia somos nosotros, Ilustrísimo Señor, los que formamos este Colegio del Sagrado Corazón de Jesús: profesoras y alumnas, todas somos vuestras hijas: hondas raíces ha sembrado en nuestro corazón el filial cariño que esa paternidad reclama.

Os tenemos por primera vez entre nosotros, y, sin embargo, vuestra visita no nos es nueva; ni puede serlo: ¿dónde ni cuándo se ha dicho que la visita del padre sea nueva y cause extraña sorpresa a los hijos que la reciben? Vuestro nombre viene resonando ya, desde hace algunos meses, en nuestros oídos, con muy gratas y bien espontáneas simpatías; porque muy gratas y bien espontáneas son las simpatías que nacen y crecen en el tierno corazón del hijo al calor de la Fé Cristiana.

El breve acto de salutación que, complacidas, os ofrecemos hoy, Ilustrísimo Señor, es saludo de hijas; saludo sincero, efusivo; congratulándonos—sobre manera — porque, cuando parecía que iba a prolongarse, para nosotros, penosa orfandad, Dios Nuestro Señor se ha dignado enviarnos al bondadoso y tierno Padre que viene a compartir de nuestras alegrías y nuestros pesares.

¡Cómo quisiéramos, Ilustrísimo Señor, sembrar de flores el camino que debéis recorrer como Obispo de nuestra amada Diócesis!: por lo ménos, éste es nuestro más intenso deseo, traducido en nuestras diarias oraciones.

Aceptad, pues, Ilustrísimo Señor, el saludo que os ofrezco en nombre de esta benemérita Comunidad de Betlemitas, que por más de cinco lustros viene prestando sus

desinteresados servicios a nuestra sociedad ibarreña; aceptadlo, también, en nombre de mis queridas condiscípulas, y, a todas, profesoras y alumnas, conservadnos en vuestro corazón de Obispo y Padre, a los pies de Jesucristo, Pontífice Eterno.

*Luis Alejandro Arturo,*
Capellán del Establecimiento.

*Ibarra, 15 de Diciembre de 1917.*

---

## RECEURDOS Y ESPERANZAS

Discurso pronunciado por la Señorita María Delfina Ayala en la Corona poético—musical ofrecida al Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. Don Alberto María Ordóñez Crespo, por las Señoritas y niñas del Instituto de la Inmaculada Concepción, con motivo de su exaltación a la sede ibarrense, el día 23 de diciembre de 1917

Ilmo. Señor:
Señoras:
Señores:

Muda como la estatua del dolor, vestida de riguroso duelo, con el alma anegada en hondo mar de quebranto, acaba de acercarse Ibarra a la tumba recién abierta del más excelso de los Príncipes de la Iglesia ecuatoriana, para henchir los aires con trenos y lamentaciones inmortales y derramar copioso llanto, que el Angel de la Diócesis ha recogido en enlutado vaso de oro para entregarlo a las futuras generaciones.... Sobre esta tumba, reverberante de luz, ha depositado, al propio tiempo, palmas y coronas sin cuento, para descargarse, así, de alguna manera, de la deuda enorme de gratitud que, cual montaña, pesaba sobre élla.

Hoy, aliviada de ese peso, engujado el llanto, depuestos los fúnebres arreos, se congrega otra vez en este recinto para tributar nuevo homenaje al difunto y llorado Arzobispo, recibiendo, con el corazón palpitante de religioso entusiasmo, la dulcísima manda que, al morir, acaba de hacernos.

Declarada la última viudez de nuestra Diócesis, blanco de sus predilecciones, el Ilmo. González Suárez hizo porque el Pontífice Supremo designara para Ibarra, un Obispo a medida de sus deseos. Y lo obtuvo, cuando las sombras de la agonía se aglomeraban ya en torno suyo, y clamó al Señor le prolongara unos días más de vida hasta ver al frente de su querida Diócesis, a su muy amado y bendecido Benjamín. Y habiéndolo conseguido y estrechándole con íntimo afecto, con voz balbuciente, tuvo palabras para recomendarlo a su Clero de Ibarra, protestando que el joven Pastor era un Prelado providencial y que su gobierno sería próspero y fecundo.

Congregándose, pues, en torno vuestro, la hija de Imbabura entiende cumplir el más tierno encargo hecho por el más ilustre de sus Pontífices. ¡Ah, Señor!: Al contemplaros siéntese élla llena de noble orgullo, y arrebatada de indescriptible entusiasmo.

Hijo mimado y timbre de Gloria de la Capital azuaya; huésped egregio por muchos años de la Ciudad Eterna; vuestra cuna, ilustre abolengo, ventajosa posición social y educación excepcionalmente esmerada os rodean de un nimbo esplendoroso de prestigio y hacen vuestra persona sobremanera simpática y os cautivan universal aprecio y el entusiasta afecto de todo corazón imbabureño. Mas, por cima de todo esto, nuestra Fe descubre y admira en Vos algo que domina y alumbra tan bello conjunto de humanas grandezas. Esos que el gran Apóstol llamaba iluminados ojos del corazón descubren otros esplendores muy más vívidos y apacibles; un carácter de sobrehumana elevación; un sello impreso en vuestra alma por la misma mano de Dios. No habéis venido a esta ciudad, a guisa de ilustre huésped, para visitar nuestras encantadoras comarcas y recrear el espíritu con los espléndidos panoramas de estas provincias acariciadas siempre por el genio de una perpetua primavera; nó..... Mayores son vuestros ideales; más elevados móviles os han conducido a las faldas del hermoso Imbabura. Venís a nosotros como embajador de Cristo; como representante suyo, como Pastor y Padre de una grey que se ufana y enorgullece de perteneceros. Venís como Apóstol investido de los más grandes poderes; como depositario de los tesoros de la Revelación divina; como guía y conductor de este Pueblo que se dispone a atravesar el desierto de su terrenal pere grinación, camino de la verdadera tierra prometida. Venís en fin, trayendo en vuestro corazón tesoros de cariño, cau dal de abnegación, espíritu bien preparado para afronta

toda situación, sostener con ventaja toda lucha, y llegar felizmente al término de la jornada. Si; Ibarra, la católica Ibarra, se complace en reconoceros y proclamaros Padre, Pastor, Caudillo suyo; y en estos momentos solemnísimos viene a ofreceros tributos de filial cariño; docilidad de corderillos; fe, absoluta fe; confianza, mucha confianza, en vuestra atinada y segura dirección. Para esto nos hemos reunido, Ilmo. Señor, en este día de gratísima recordación y que con áureos caracteres quedarán gravados en los Anales de nuestra Iglesia Imbabureña. ¿Cuál nuestra ofrenda? Un modesto homenaje; pobre, sencillo, humilde: así y todo, en él queremos vaciar todos los afectos de nuestro corazón y estampar el sello de vuestra egregia personalidad. Seremos hoy los pequeñuelos que rodeando al Padre idolatrado departen con filial confianza, inquiriendo ansiosos los sucesos más notables en la vida del sér querido y evocando recuerdos de lo pasado y abriendo el corazón a encantadores ensueños y dulcísimas esperanzas, que, vislumbradas en no lejano porvenir, ensanchan los senos del espíritu, colman el alma de inefables alegrías.... Recuerdos y esperanzas en torno vuestro y al calor de la Fe: he aquí la síntesis y resumen de este acto literario.

I

Por esto, arrebatados en alas de ardiente fantasía, nos trasladamos a la noble Cuenca, cuna de egregios talentos; emporio de las ciencias y las artes; hogar solariego de la hidalguía y las virtudes patriarcales; rico florón que ostenta en su corona la Patria ecuatoriana. En esa hermosa ciudad, cuya cuna se meció a la sombra del santuario, rodó la áurea vuestra en medio de un ambiente de amable felicidad. Allí, plácidos, bonancibles, se deslizaron los años de vuestra niñez, entre las brisas perfumadas de la virtud y los puros halagos de un hogar bendecido de Dios. Luego, enardecidos, alzando el vuelo, y atravesando el Océano, os acompañamos a la Ciudad Eterna, teatro de vuestras glorias más puras, de vuestros triunfos inmarcesibles, de vuestros más hermosos recuerdos. Allí, allí en la ciudad de las siete colinas, capital un tiempo del más vasto imperio que han visto los siglos, y hoy centro de la unidad católica; en esa ciudad tan antigua como célebre, memorial de las pasadas generaciones, orgullo de las presentes; en el famoso Colegio debido a la munificencia del Pontífice de la Inmaculada; bajo la dirección de

sabios eminentes formasteis vuestro espíritu mediante una educación, cual pocas, esmerada; y, en medio de numerosos levitas destinados a ser prez y honor de la América Latina, descollasteis «como la palma gentil entre nuestros árboles americanos». No cabe duda sino que éste es el período de vuestra vida más hermoso y más fecundo en indelebles recuerdos. Durante los largos años de vuestra permanencia en Roma contemplasteis los esplendores que, partiendo del Vaticano, iluminan todos los horizontes de la tierra.... Allí admirasteis el fundamento eterno, inconmovible de la Religión divina; su pujante, asombrosa vitalidad; su lozanía y eflorescencia perpetuas.... Pláceme evocar en estos instantes un recuerdo especialísimo de las Catacumbas, porque así lo exige un número especial de nuestro programa. El colosal imperio de los Césares comenzaba a sentir los estertores de la agonía: esplendoroso se alzaba ya sobre la roca eterna el Sol Divino que no tendrá jamás ocaso; pero sus rayos alumbraban una lucha gigantesca, la más horripilante, la más desigual que han visto las edades. Los Césares romanos, dueños del mundo entero y árbitros de sus destinos, se proponen ahogar en sangre la que éllos llaman secta infame del Galileo: del uno al otro confín de la vasta monarquía resuena el clarín anunciador de universal exterminio; una tras otra, se suceden diez grandes persecusiones; corren por doquiera torrentes de sangre; por millares, por millones espiran, en el horror de tormentos inauditos, víctimas inocentes, que no tienen más crimen que el de profesar la fe de Cristo.... Pero es menester, según el consejo del Maestro divino, sustraerse a los horrores de la persecusión: por ésto; los cristianos —tímidos corderillos—acosados por fieras humanas, huyen a esconderse en vastos subterráneos, donde llevan jugada la vida, largo de tres siglos, rodeados de tinieblas, escasos de aire, en medio de privaciones sin cuento, privaciones santificadas por la virtud más heroica. ¡Qué tierno y conmovedor y henchido de poesía, grandeza y sublimidad es el rerecuerdo de las Catacumbas!.... ¿Y qué son las Catacumbas? Debajo de aquella Roma pagana, tan resplandeciente de oro, como degradada y corrompida; debajo de la gran metrópoli del mundo, por ese entonces conocido; debajo, digo, de esa Roma, Señora del mundo, ahita de placeres, ebria de sangre, dilátase otra Roma subterránea, de varias leguas de extensión, con plazuelas, capillas, y una red de galerías, caminos y encrucijadas que forman un laberinto, cuya pavorosa lobreguez iluminan, de distancia en distancia, claraboyas

practicadas en la superficie del suelo e interiormente por millones de lámparas, y en todas partes—a derecha e izquierda, desde el suelo hasta las bóvedas—sepulcros horizontales incrustados en las paredes de las galerías con sencillas inscripciones, que son un grito de esperanza, un cántico de triunfo, un destello de los infinitos resplandores.... Eso fueron, Señores, eso son las catacumbas Allí se ven sobre seis millones de Mártires.—¿Quién será capaz de penetrar y de recorrer esas tenebrosas mansiones, sin que su espíritu quede sobrecogido de respeto, de admiración y de arrobamiento? En la lobreguez de las catacumbas, cómo brilla la luz divina de la Religión de Cristo! Ah, Señor!, decidnos qué sentíais al recorrer esos sagrados, solitarios recintos; al fijar la vista en esos frescos de veinte siglos de duración; al ofrecer sobre esos altares, salpicados con la sangre de los mártires, el incruento sacrificio!.... Dios, que os tenía elegido para futuro Pastor de este rebaño, os hablaba al corazón en esos instantes, y bañaban vuestra frente raudales de luz, y os embriagaba el alma inefable dulcedumbre, cuyos dulces dejos experimentáis en estos instantes, y hacía germinar entonces, como ahora, un deseo, santo, vivísimo deseo, de ofreceros a Dios en holocausto.

Mientras tanto, vuelan los años; ha terminado vuestra carrera científica y literaria; mucetas y borlas fueron los despojos en noble palestra conquistados; la Teología y el Derecho, os contaron, ufanos, entre sus doctores: rica la inteligencia, amoldado el corazón a la virtud, y dejando allá en vuestra segunda patria un renombre esclarecido, volvisteis al nativo y siempre suspirado terruño; y allí, amante del retiro, la humildad, el silencio, hicisteis por esconder, tras densos velos, vuestra valía y brillantes ejecutorias. Pero el el mérito verdadero, ¿cuándo ha conseguido permanecer oculto?.... La mano del Pontífice supremo descorrió ese velo; sus ojos descubrieron en vuestro corazón un foco de amor, y os dijo como Jesucristo a Pedro: «Apacienta mi Rebaño» y, sin aceptar vuestras renuncias ni atender a vuestros temores, os puso en las sienes *la mitra* de la dignidad y en la diestra el *cayado* de la jurisdicción.

## II

Y, al calor de esos recuerdos, ¡cómo brotan, esplendorosos, los rayos de la esperanza! Si la Providencia divina ha velado solícita sobre vuestra existencia; si con pródiga

mano ha derramado sobre Vos la plenitud de sus dones; si os ha enriquecido inteligencia y corazón con grandes caudales; ¿qué otro fin se propuso el Altísimo sino prepararos dignamente para el sublime cargo que acaba de confiaros? Perdonad, Señor, que, a despecho de vuestra modestia, os declaremos nuestra convicción íntima de que, en medio de tantas eminencias del Clero ecuatoriano, apenas se hallaría diestra más digna del cayado, sienes que más honren a la sagrada mitra. Sois el Benjamín del episcopado ecuatoriano: sí, Benjamín, esto es, hijo de la diestra, hijo de la predilección; sobre el cual se han reunido y condensado las celestes bendiciones. De aquí nuestra justa alegría y el alborozo que nos inunda: pues nos da el corazón—¡dulcísimo consuelo!—que seréis continuador de la obra evangélica de vuestros ilustres predecesores; atalaya de la heredad del Señor, Padre y Pastor de este rebaño que ya alegre se junta en torno vuestro, que ya escucha vuestra voz, que ya siente el calor de vuestro afecto. De otro lado, los sentimientos tan puros como acendrados en que rebosan vuestros hijos; su adhesión profunda y amor sin límites a la Religión Católica; la proverbial docilidad de nuestros Pueblos al representante del Pastor divino, son otro fundamento de nuestras esperanzas. Porque, decidme, Señores: ¿qué no podemos esperar en pro de la Iglesia Imbabureña dadas las extraordinarias prendas de tan egregio Prelado y la condición de esta Grey, más que por atavismos, por convicción íntima y sobrenatural virtud, dócil y obediente a la voz de Aquél a quien el Espíritu Santo ha dado el cargo de regirla y gobernarla?

Voy a concluír, Ilmo. Señor. Mas, no me resigno a hacer punto a estos sencillos párrafos, sin manifestaros el gran deseo que me anima de que la grata remembranza de este día acrezca el inmenso tesoro que guardáis en vuestra alma de esos preciosos rezagos de lo pasado, *que llamamos recuerdos;* y que también, sobre vuestras augustas sienes se proyecten, refulgentes, los rayos de la esperanza, de la esperanza de que vuestro pontificado será fecundo; de que viviréis circunvalado de hermosa valla de corazones; de que vuestros hijos derramarán flores por vuestra senda. Ausente de vuestros lares, de los seres más queridos, tendréis aquí hijos, que en toda circunstancia os acompañarán, ya con una sonrisa, ya con una lágrima, y siempre con respetuoso cariño. Y Aquél que mueve los orbes en el espacio con ritmo eterno y soberano; El que hace palpitar la vida del uni-

verso con el fuego del amor inextinguible, derramará sobre vuestra alma torrentes de luz para que la reflejéis sobre la nuestra, y santas efusiones de amor, que, en delicados efluvios, se difundirán por todos los confines de la Diócesis. En nombre de las niñas y jóvenes de la Inmaculada Concepción, os ofrezco este modesto tributo—cariñosa vibración del concierto unísono que forman, junto con esta ciudad, todos los pueblos del Carchi e Imbabura. Aceptadlo, Señor, y en retorno bendecid a vuestras hijas; bendecid a toda vuestra Grey: vuestras bendiciones serán para nosotras luz y fortaleza, consuelo y esperanza.

He dicho.

*Ibarra, Diciembre de 1917.*

---

## CANCION DE JUBILO

**Para el arribo del Ilmo. Sr. Dr. Dn. Alberto María Ordoñez a la Diócesis de Ibarra**

Del Azuay al gigante Imbabura,
Nobles pueblos que ostentan su fe,
Al Pastor, de rodillas, saludan
Y echan flores del campo a su pie.

Y chispea la luz en sus sienes,
Al rielar matutino arrebol,
Como besa la límpida fuente,
Sonriendo, la lumbre del sol.

Imbabura y Tulcán, dos estrellas
Con que luce gentil Setentrión,
En su pecho sus rayos destellan
Y es cada una en su mitra un florón.

Pueblos son que de Cristo las leyes
Guardan llenos de férvido amor:
Cada vez que la Patria padece,
Riegan sangre en la lid del honor.

De Natura las pompas y galas
Resplandecen soberbias doquier:
Son los campos de hirviente esmeralda;
El confín de turquí y rosicler.

Allí, el Cielo, en dormidas lagunas,
Tiende el manto de fúlgido tul;
Níveas cumbres, allá, se arrebujan
En las gazas del éter azul.

Este día, en tributo a sus glorias,
Viene Cuenca, la Virgen Austral:
En los valles sus cantos entona
Y arde el oro que dió el retamal.

Hoy se juran amor dos hermanas
Y se estrechan al pie de la Cruz,
Con diademas de flores y palmas,
Las pupilas vibrantes de luz.

Con piedad la gentil Imbabura
En sus campos recibe al Pastor
Que el Azuay, en fraternas ternuras,
Hoy le rinde a demandas de Amor,

A la férvida hermana en El brinda]
La alba flor del azuayo vergel,
De sagrado trigal áurea espiga,
De la paz escogido laurel.

Sombra le hagan del monte las palmas,
Y, trocado el sendero en jardín,
Se perfume en clavel su sandalia
Y descanse el Cayado en jazmín.

De sus hijos se escuche doquiera
De oración el rumor musical,
Y a los niños y pobres se vea,
De rodillas besar su sayal.

Su heredad, del Señor al amparo,
La proteja valiente adalid;
De los lobos defienda el rebaño
Con la fuerza y valor de David.

En el valle de lágrimas triste
Halle fuentes de dulce piedad,
Y al Cayado de flores se arrime,
Si le hiere la cruel soledad....

De Iturralde, González y Checa
Perpetúe el Cayado de paz,
Y consuelo demande a su Cuenca
Cuando el lloro humedezca su faz.

MANUEL MARÍA PALACIOS B., Pbro.

Cuenca, 20 de Setiembre de 1917.

N B. La música para este himno es obra del muy notable músico cuencano Don José María Rodríguez, compuesta expresamente, así como la letra, para el arribo del Ilmo. Sr. Ordóñez a Ibarra.

---

## RECUERDOS

¡ Salve, ciudad de Rómulo,
Con tus tardes tranquilas
Con tus mañanas cándidas,
Con tus mágicas *villas*
Con tus amenos cármenes,
Salve, Ciudad gentil !
¿ No te acaricia el hálito
De esas aureas amigas
Que aliviaron benéficas
¡ Oh Señor ! tus fatigas
En esas horas férvidas
De tu edad juvenil ?

¡ Ah ! de tu sér en lo íntimo
Los recuerdos mantienes
De aquellos días plácidos
En que ciñó sus sienes
La ciencia con la fúlgida
Corona de laurel !
A oir vuelves los cánticos
Que venturoso oiste
Mientras allá en las márgenes
Del rojo Tíber viste
Circundado de Príncipes
Al Pastor de Israel !

¡Qué de veces extático
En las siete colinas
Del trono de los Césares
Contemplaste las ruinas!
Cuánta grandeza efímera
Hollaste con tu pie?
Pero también con lágrimas
Regaste las arenas
Que regaron los mártires
Con sangre de sus venas,
Dó levantó su cátedra
La salvadora fe.

Mientras que las Basílicas
Alzadas por la mano
De las humildes víctimas
Que inmoló el cruel tirano
Con sus triunfantes cúpulas
Hacia los cielos van;
Los estupendos mármoles,
En que honores divinos
A los romanos déspotas
Rindieron los latinos,
De los siglos al ímpetu
Bajo del polvo están!

¡Allí el triste espectáculo
De la miseria humana!
Allí el triunfo magnífico
De la virtud cristiana!
Y allí libre tu espíritu
Con la Cruz se abrazó!
¡Qué a tí con los ejércitos
Que en su bandera alista
El que guía a los réprobos
Del mundo en la conquista?
A la sombra del Lábaro
Quién es el que temió?

En tus sienes las ínfulas,
En tu dedo el anillo,
En tus manos el báculo,
No son mundano brillo;
Son virtud; son el título

De próvido Pastor!
Si con sangre del Gólgota
La Grey fué redimida;
Si con sangre de mártires
La Grey es defendida;
De pastoros solícitos
La apacienta el amor!

Del Tíber en las márgenes
Del Circo en las arenas,
Te repitió el oráculo
Que no hay amor sin penas,
Que el buen Pastor fué víctima
De amor por su redil!
¡Salve!, Ciudad de Rómulo!
Con tus tardes tranquilas,
Con tus mañanas cándidas,
Con tus mágicas *villas,*
Con tus amenos cármenes,
Salve, ciudad gentil.

X.

---

# ESPERANZAS

Bien hayas, Pastor, que llegas
A cuidar de este redil;
Contigo, como en Abril,
Florecerán estas vegas.

Tu presencia nos augura
Que ha de amanecer el día
De que en grata compañía
Reinen la paz y ventura

De que sonrían los prados
De pastos con la abundancia,
Y de flores con fragancia
Vuelen los vientos cargados.

¡ Oh tiempos de venturanza,
En que siendo realidad,
De oro la feliz edad
Colmará nuestra esperanza !

No haya el rebaño temor
Que, a las diez mil maravillas,
Del Tíber en las orillas,
Aprendiste a ser Pastor.

De la vida en los albores
Partiste de tu montaña
A la remota cabaña
Del Pastor de los pastores.

Allá con otros zagales
De pastores al Maestro
Escuchaste, y eres diestro
En los usos pastorales.

Allí aprendiste dó están
Los pastos más nutritivos
Y dó los pastos nocivos
Que muerte al rebaño dan.

Teman los lobos rapaces
Que no han de hacer los corderos
Con los lobos carniceros
Siendo tu pastor, las paces.

¡ Oh redil afortunado
De pastos en la abundancia,
Y, por la fiel vigilancia
De tal pastor custodiado !....

X.

# ROMA - CUENCA - IBARRA

## I

Roma, la antorcha de la fe cristiana
A cuya luz esplende la inocencia,
Y la regenerada penitencia
Con gloriosa corona se engalana;

Roma la augusta sede soberana,
A quien hizo sin par en su eminencia
Dándole potestad de omnipotencia
El Redentor de la familia humana;

Roma elevó a sublime jerarquía,
Siempre cuidando de la dicha nuestra
Al ministro de Dios, que nos envía,

Y nuestro eterno, celestial destino
A su celo confiando, ella en su diestra
Puso el cayado del Pastor divino.

## II

Su hermoso suelo propio el opulento
Solar que en sus joyeles atesora,
Dotadas de belleza encantadora,
Valiosísimas joyas del talento;

El cristiano solar que el sentimiento
De su ascendrada fe nunca desdora
Y en el culto de la Hostia redentora
Halla el raudal mayor de su contento;

Cuenca, la noble Cuenca, alborozada
Al entusiasmo se une de Imbabura
Del Hijo amado en la solemne entrada

Y al par que sus hosanas de alegría,
Recuerdos de intensísima ternura
Al Benjamín de su cariño envía.

III

Ibarra, la dotada de primores
De una belleza natural que encanta ;
Ibarra, que en la fe de sus mayores
De su valía el pedestal levanta,

Ahora, ardiendo de alegría santa,
Reciba en senda que esmaltó de flores
A su nuevo Pastor que se adelanta
En nombre del Señor de los Señores ;

Porque abrasarla siento un vivo anhelo,
Así lo dice fervorosa al cielo
En ademán de súplica rendida :

Que el pastor a quien ama, a quien venera
Habite con su grey una pradera
De perenne verdor siempre florida.

JOSÉ DOMINGO ALBUJA.

---

## ALBERTUS M. ORDOÑEZ CRESPO

**In Ibarrensium Episcopum consecratus, crucem, baculum et mitram accipiens**

*Ecce venit Praesul viduae gratissimus urbi:*
*Iam gaudet votis illa potita suis:*

*Clara dies fulsit: sua rite insignia sumit*
*Vos hilares plausus et bona verba date*

*Dextra pedum gerit; ex humeris nova purpura pendens*
*Defluit et lato syrmate verrit humum.*

*Annulus in digitos, fideique inducitur obses;*
*Cingit honoratas infula sacra comas.*

*Spectandi studio, concurritur undique: turbae*
*His quoque qui properant, praeripuere locum.*

*Hos capit augustae species pulcherrima pompae*
*Illos sacrorum splendor et ordo tenet,*

*Multos Pontificis majestas sancta moratur*
*Sed rapiunt omnes Praesulis ora novi.*

*Finis adest sacris: nunc ad sperata venite*
*Oscula, sacratam porriget ille manum.*

*At vos praecipue, quorum de sanguine natus*
*Hoc meruit, vestrae non sine laude, decus*

*Scilicet unius virtus et gloria felix*
*Quot generis socios, tot quoque laudis habet.*

*Vos celebrate diem vestrisque inscribite fastis,*
*Exigit haec, inter tot monumenta, locum.*

*Cumque recensebunt patrum decora alta nepotes*
*Hinc etiam dicent, crevit avita domus.*

*Lectaque cum fuerit series longissima rerum,*
*Deletaeque acies, raptaque signa ducum;*

*Plus aliquid spoliis, plus magnis sacra triumphis*
*Virtutumque index, infula major erit.*

*Quid facitis, cives? Nihil est, hac luce dolendum,*
*Haec quoque posse dabit Praesulis ore frui.*

*Mens adeat, coramque putet spectare triumphum*
*Perque domus laetos nunciet ire dies.*

*Haec vox Ibarrae mediam deducet in urbem*
*Per medias turbas haec quoque pandet iter.*

*Cernitis in sacra fulgentem fronte tiaram*
*Et radians auro chrysolithisque pedum?*

*Intentos oculos augusto pascite vultu*
*Praesulis; haec vobis gaudia ferre licet.*

*Dicite: Cumaeos felix Antistes in annos*
*Vivat, et e nostris augeat ille suos!....*

*X.*

QUINTO KALENDAS NOBEMBRES.

CIƆ. IƆCCCC. XVII.

## A ALBERTO MARIA ORDOÑEZ CRESPO

**Al recibir las insignias Episcopales**

¡Oh dicha, llega el Pontífice
a la sede que le espera!
¡Ciudad noble, alza la frente
tras los riscos de tu sierra!

Fulge como nunca hoy día
sus insignias de oro y perlas,
según la sacra costumbre,
ante el Señor de la tierra.

Ciudadanos, aturdidle,
con voces que el aire pueblan;
dadle amor con que palpitan
vuestras entrañas sinceras.

De sus hombros prelaticios
pende la púrpura egregia,
y empuña blando el cayado
su mano pálida y trémula.

Su frente nimba la mitra,
almo sol velado en seda;
de fiel amor el anillo
en su dedo centellea.

Por el ansia de mirarle,
del camino por las veras,
la multitud lleva el paso
y al dulce pastor contempla.

Fascina a unos santamente,
la ceremonia tremenda
con que al humilde ministro
levantan a la realeza;

A otros encanta la dulce
majestad que en él refleja,
y a todos de su mirada
arrebata la modestia.

Llega al fin el rito augusto.
Venid : el Padre os espera :
del beso filial es hora.
¡ Vuestros labios en su diestra !

Hermanos, de cuya sangre
el noble pastor naciera,
realza él vuestros timbres,
con el honor que hoy ostenta.

Virtud y gloria son títulos
y quien los tiene refleja
en los suyos, como el astro
que luce en anchas esferas.

Exígelo, el patrio decoro,
oh moradores de Cuenca,
que en fastos inmarcesibles
de hoy día grabéis la fecha.

Y así sabrán vuestros nietos,
que en esta cristiana tierra,
de patriarcales mayores
él engrandeció las tiendas.

Cuando recorráis la serie
de legendarias proezas
y se arruinen los blasones
de quienes los merecieran ;

Sobre rotos monumentos,
sobre acciones gigantescas,
destellará sacra mitra,
inmortal, su luz espléndida.

Gozad, nobles compatriotas
del Pastor en la presencia ;
que no hay pecho que no vibre
cuando la aurora se acerca.

Que el corazón se dilate
por el héroe que venciera,
y que el día anuncie al mundo
que este hogar está de fiesta.

Repercuta en Imbabura,
como voz que el aire llena,
el grito de bienandanza
que la multitud congrega.

Contemplad, la tiara luce,
con cambiantes de luz trémula;
contemplad: de oro el cayado
que esmaltan marinas piedras.

Apacentad la mirada
en el Pastor, cual la oveja,
que sólo a su lado siente
ir la vida blanca y buena.

Vivas, Padre, que tus años
de pastoril inocencia,
a los nuestros doloridos
en luengos lustros excedan

---

## BIEN VENIDO SEAS

AL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

### ALBERTO MARÍA ORDÓÑEZ CRESPO

Dignísimo Obispo de Ibarra

EN EL DIA DE SU ARRIBO A ESTA CIUDAD

Nostálgico, rendido y sitibundo
por los rojos calores estivales,
caminando, doquier, entre zarzales
por conquistar el corazón de un mundo,
el divino Bohemio, ese Errabundo
que era el alma de Dios hecha plegaria,
penetraba, una vez, meditabundo,
en los campos extraños de Samaria.

Con lento paso, de infinitos vuelos,
sus ojos en el mar, como llorando,
iba triste y a solas devorando
la nostalgia divina de los cielos:
pues era su misión, misión que alienta,
ir, mendigo de amor, en pos del hombre,
soñando con la cruz, la cruz sangrienta
en la que había de grabar su nombre.....

Y hermoso cual la luz de la mañana,
que derrama en el prado sus fulgores,
de la sed a los vívidos ardores
y al ritmo azul de una visión lejana,
acércase en Sicar a la fontana
que con sus aguas suavidades diera;
y arrimado al brocal, tranquilo espera
que la airosa y gentil Samaritana
—ya llegada al Señor de ojos profundos—
humedezca sus labios sitibundos
y mitigue la sed que le afligiera,
con el frezco licor que en soberana
y dulcísima nota le pidiera.

Y la espléndida Hurí, la esbelta palma,
que el fulgor contemplaba de esos ojos
tempestades de sol ¡ladrones ojos!
donde el cielo fingía un espejismo,
comprende al ver la misteriosa calma
del mancebo sin hiel, sin egoísmo,
que no es de agua la sed, que es sed del alma
la que abrasa a su Huésped; y de hinojos,
con vuelos de mujer, al punto mismo:
dáme — le dice — Tú - si así está escrito —
de esas aguas que son profundo abismo
en que irradia su amor el Infinito.

Y llena ya de claridad divina
que su seno, en torrentes, invadiera,
adórale, con gracia peregrina;
pues que, al fin — como Ordóñez lo dijera —
la mujer, de los mares blanca ondina,
que tiene para el bien su pecho listo,
«jamás injuria le irrogara al Cristo»,

al Dios que en olas de aflicción camina,
porque, aliento purísimo de azahares,
alma dulce, cantar de los cantares,
nacida es para flor no para espina.

* * *

Viajero ilustre, esclarecido Huésped,
que por espinas y por entre césped,
con tus ojos serenos en el cielo,
con el alma en la Diócesis amada,
vienes hoy, al final de la jornada,
a enaltecer mi pintoresco suelo,
bien venido seais!.... La noble Cuna
siempre alumbrada por fulgentes Soles,
que hasta ayer ostentaron su grandeza,
te ha preparado, con claror de luna,
un nido como cielo de arreboles
en que reclines tu gentil cabeza.

Devorando también nostalgias hondas
por la tierra natal, ya muy lejana,
te acercas a la mórbida Fontana
con cuyas aguas, de dormidas ondas,
tu labio has de rociar, labio sediento,
templando la aridez que te tortura,
como el calor del sol las verdes frondas:
esa fuente, que es miel y que es dulzura,
y que ha de darte en la jornada aliento
con el suave frescor de la mañana,
de mi pueblo es el Alma soberana,
que fijo tiene en tí su pensamiento.

Arrímate al brocal, y sin temores,
que presto han de ir a tí los mil Amores
que amortiguan y calman padeceres;
a tus pies estarán las muy galanas,
de mi tierra gentílicas mujeres,
por la gracia y la fe samaritanas,
que con efluvios de un amor rendido,
con el delirio y la efusión de su alma,
darán al tuyo corazón la calma,
convirtiendo en altar tu augusto nido.

Porque — óyeme Señor: aquí, en mi tierra,
coronada de flores siderales,
donde, espléndida asaz, Natura encierra
verdaderos paraísos terrenales,
con orgía de auroras, desbordante,
campea siempre, en soberano vuelo,
de la mujer el corazón diamante,
como campea esplendoroso el cielo
a la luz de una estrella rutilante.

* * *

Obispo del amor! .... trayendo impresa
la cruz de dolorosas impresiones,
vienes, manso, a los tuyos corazones,
que han de hacer menos honda tu tristeza;
que si te vieran, en mortal desvelo,
— ay! con tu herido corazón a solas —
talvez llorando por tu patrio suelo,
pidiendo ritmos al azul del cielo,
te arrullarían con arrullo de olas.
Dales, en cambio del cariño inmenso
con que ya el alma del Pastor se halaga,
un poquito no más del tuyo, intenso,
porque es muy cierto — si yo mal no pienso —
que aquí el amor con el amor se paga.

* * *

Brillante Sol del Arco azul cuencano
ven y disipa el nubarrón impío
que surgiera, densísimo, en el mío
al morir el Meteoro ecuatoriano
Suárez!! orgullo del linaje humano,
que en magna rotación esplendorosa,
para dejar un luminoso rastro,
le arrancó a la Verdad su luz radiosa,
ascendiendo hasta Dios en forma de Astro....

Ibarra, cual ninguna, está de duelo
y le aflige del Sabio la memoria,
porque con él en su anchuroso suelo
sentó sus reales una vez la gloria;

y son hondos, muy hondos sus enojos,
recordando que cúpole la suerte
de ser ella y sólo ella ¡hasta la muerte!
predilecta la niña de sus ojos.

***

Bien venido te aclama, y a porfía,
ufano el corazón de un pueblo honrado,
que, con lujo de amable cortesía,
bendice al Benjamín que desde hoy día,
y por siempre, será su Dueño amado.

En Ordóñez saludo, reverente,
al pueblo de los Genios inmortales,
donde besa la Gloria a los Torales
y eleva un trono al corazón creyente.
Y por la azuaya inspiración que adoro,
y por lo más que en Tomebamba estimen,
inclino mi cabeza de vidente
ante los Cuestas y más *Picos de oro*
que un sello de grandeza al suelo imprimen.

***

En tu casa estás ya: sé nuestro escudo
y de mi tierra la gallarda Palma;
que hoy en nombre de Ibarra y con el alma,
Obispo del Amor, yo te saludo.

*Pasquel Monge.*

Ibarra, Diciembre 8 de 1917.

# SALUTACION

Llegó el dichoso día,
¡Ah! bien venido seas, bien venido!
Por ti, padre querido,
irradia en este asilo la alegría;
por ti sonríe todo y manifiesta
el grande gozo de solemne fiesta.

De fiesta del hogar; que es hogar tuyo
éste que te recibe alborozado;
tuyo, muy tuyo, y no por el dictado
solamente de padre
con que, radiante de placer, te llama;
es tuyo, porque te ama.

Aunque humilde, pequeño,
en ti pensó desde que fuiste ungido,
y desde entonces verte apetecía,
anhelaba por verte, pues le has sido
un dulcísimo ensueño.
¡Ah! bien venido seas, bien venido!
Te esperan, te reciben efusiones
de filial alborozo; te recibe
el amor de filiales corazones.

De allá vienes, de lejos,
dejando el atractivo
del bellísimo suelo en donde tienes
el amado solar de tu familia.
Deber sagrado te arrancó del seno,
tan dulce y caro, del hogar nativo;
más el nuevo solar adonde vienes,
no es ajeno, Señor, no, no es ajeno.

Díos te nos dió por padre, y ved, doquiera
es el filial amor el que te espera,
el que al paso te sale respetuoso,
el que tu diestra besa enternecido;
y un hogar de hijos, nunca
hogar extraño para el padre ha sido.

A tu nueva familia numerosa
pertenece este asilo, que se goza
de llamarte su padre, pues lo eres
y filiales deberes
a ti le ligan con sagrado lazo.
Por eso se alboroza
en este grato día;
por eso, rebosando de alegría,
te recibe, te estrecha en su regazo.

Quisiéramos nosotras
hoy, que nos regocija tu presencia,
sobre tu pecho derramar consuelos,
darle la complacencia
que la avecilla siente
cuando extiende las alas sobre el nido,
gratísimo, querido,
en que pían alegres sus polluelos!

Quisieran estas hijas,
en quienes tus miradas
tan benévolo fijas,
quisieran que sus frases cariñosas
y las que te dedica el pecho mío,
en el tuyo cayesen deliciosas,
como, al brillar del día los albores,
cae el nítido aljófar del rocío
para endulzar el cáliz de las flores!

*José D. Albuja.*

---

# SALUDO

DEL CENTRO DE CONFERENCIAS AL ILMO. Y RVMO. SR. OBISPO DR. DN. ALBERTO MARÍA ORDÓÑEZ CRESPO.

Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo,

Muy respetable y distinguido Centro de Conferencias:

Antes de resolverme a tomar la palabra, ha estado mi espíritu vacilante, como oscilando entre dos sentimientos encontrados, que en una lucha interior, han venido disputándose el ascendiente y dominio sobre mi voluntad.

Una reunión tan selecta, un auditorio tan respetable, como el congregado aquí, la grandeza, la solemnidad de las circunstancias, mi palabra destituida de toda autoridad, sin prestigio, sin brillo, mi insuficiencia, hasta mi temperamento mismo, tan corto, desconfiado hasta lo más de mis propios esfuerzos e inclinado siempre al desaliento, han sido consideraciones de peso que han ejercido fuerte presión en mi ánimo y casi lo han inducido a desechar el pensamiento que he estado acariciando en estos días de ir también yo a espigar en el campo de las ideas y sentimientos para componer mi haz, con materiales escasos, pobres, con frutos y flores que la mano del talento, la mano del genio, han dejado descuidados, abandonados, despreciados mejor en el terreno de sus altas especulaciones.

Mi palabra, con sus toscas pinceladas podía talvez deslustrar la brillantez de este cuadro que, en sublime ardimiento, van desarrollando, día tras día, Corporaciones y Gremios, pueblos y más pueblos en torno de una figura que se destaca gloriosa; podía acaso empequeñecer la significación tan augusta del acto que, en estos momentos se realiza aquí, en este Centro de cultura intelectual, donde chispea el fulgor de tantas inteligencias, de esas inteligencias que, repletas de la luz de ciencia y ávidas de nueva luz para abrirse más amplios horizontes, vienen a resolver los arduos problemas de la vida, a fin de señalar leyes a esos mundos siderales de un universo mejor, infinitamente más claro y hermoso que el universo físico, el de las inteligencias y voluntades, que forma ese divino sistema planetario, denominado Conciencia humana.

Y sinembargo, y a pesar de todo he cargado con mi hacecillo, muy pequeño, diminuto; y tranquilo y confiado, he venido a la casa del padre a poner a sus pies el fruto de mi pobre y honrado trabajo. En él no hay gracias, no hay esplendores, no hay armonías, las gracias, esplendores y armonías que, a manos llenas, vierten sobre las producciones humanas los arreos literarios, los primores de la elocuencia puestos al servicio de una pluma inteligente, erudita; pero hay, en cambio, frutos sinceros, genuinos del corazón.

Me ha favorecido en mis luchas la idea de que nunca estará mal en el corazón del padre, cuando éste ama y es bueno, la palabra de un hijo; de que el alma generosa del padre no cierra nunca sus puertas, antes franquea enteramente sus anchurosos senos a las esperanzas, a las aspiraciones, a los gratos ensueños que forja el hijo en su corazón; y los franquea para darles calor, para darles vida, cuando son justos y honrados.

Los sacerdotes además formamos una sola familia; somos todos hermanos y vivimos todos bajo una misma paternidad, dulce y amable, la del Obispo; y el corazón de los humanos, si esos corazones son bien puestos, si honrados y virtuosos, si generosos y nobles, ese corazón es tierra en la que no se aclimatan las emulaciones ni prosperan las envidias: la palabra del hermano será, pues, acogida siempre con benevolencia y cariño.

He triunfado, pues: un solo próposito agita en estos momentos mi mente: hablar al corazón del padre, contando con la benevolencia de los buenos hermanos.

Sin pretensiones, sin arrogancias, habíame propuesto, en este gran concierto social, desempeñar no más que el papel que corresponde a un modesto ciudadano: hablar en mi propio nombre, en la humilde condición que atañe a mi sola personalidad. Mas hé aquí, señores, sin que yo lo imaginara, menos lo pretendiera, he sido designado, a última hora, ha pocos momentos, para representar en el uso de la palabra a este ilustre Centro. Confundido, abochornado también, reclamo indulgencia; pues me creo digno de ella, ya que no he buscado ni pedido este honor.

Con tales antecedentes entro ahora en materia. Mi primera palabra aquí en vuestra presencia, hoy que disfruto del alto y distinguido honor de dirigirme a Vos, la primera palabra que os consagre mi alma alborozada, mi corazón henchido de gozo, quiero que sea el presentaros mis respetos íntimos, mis consideraciones rendidas, mis afectos, cual

corresponden a un hijo, filiales, tiernos, disposiciones que las pongo a vuestros pies y bajo la protección del cielo, para que nunca sufran el menor quebranto en mi alma.

Unas mismas ideas, unos mismos sentimientos circulan ahora por los ámbitos del alma nacional, por el espíritu público que domina hoy en esta Diócesis y sobre todo por el alma ibarrense. Ibarra abre su espíritu, lo ensancha, y se entrega de lleno a las expansiones del más puro regocijo, del entusiasmo más ardiente en estos momentos solemnes, que pudieramos llamar históricos, ya que van consagrados por un hecho llamado a tener tanta resonancia en nuestra vida social, de tanta valía y significación, que vendrá a ser decisivo en la marcha y desenvolvimiento de nuestra vida pública: la exaltación de Monseñor Alberto María Ordóñez Crespo a la Sede episcopal ibarrense.

Se han cumplido, señores, nuestros deseos, se han realizado nuestros votos, se hallan colmadas hoy, plena y cumplidamente, nuestras aspiraciones de tener un Obispo según el corazón de Dios.

Debemos atribuir a un especial beneficio del cielo, del cielo que se ha manifestado tan pródigo en sus bondades para con nuestra Diócesis, el que le haya dado en todo tiempo Prelados en gran manera insignes, de mérito tan esclarecido que hoy, por los antecedentes tan gloriosos que tiene ella en su historia; por haber honrado su solio episcopal sabios y patriotas como González Suárez, santos como Yerovi, mártires como Checa, mansos como el humilde y dulcísimo González Calisto, esa alma de paloma, tan apacible y tan pura; celosos, activos, emprendedores, infatigables en sus empresas, como Pérez Quiñones, que hoy, vuelvo a decirlo, se reputa como una gloria muy alta el ocupar ese trono en que se han destacado tan nobles figuras.

Con la frente en el polvo y el corazón en el cielo, debemos rendir tributo de alabanza y bendición a esa misma adorable Providencia, que sigue mostrándose con nosotros tan buena y caritativa, tan solícita y tierna, al darnos un Prelado tan excelente, de dotes tan eximias, tan colmado de merecimientos, como es el que nos viene de la preclara Cuenca, Monseñor Alberto María Ordóñez Crespo.

En tan solemne ocasión, en tan memorable día, queremos haceros presente, ¡oh amadísimo Padre! que nos hallamos contentos con Vos. Sí, muy contentos, muy regocijados y satisfechos; y no sólo regocijados y satisfechos, sino que nos damos por muy honrados, altamente honrados, al

recibir en nuestro seno, en el seno de nuestra sociedad, una joya tan regalada, de mérito tan subido, que de hecho, tiene que ser una de las joyas más ricas y hermosas de aquéllas que consagra la fama y las reserva para que luzcan en el manto con que se engalana la Iglesia ibarrense.

La elección que el cielo ha hecho en vuestra benemérita persona, poniéndoos al frente de los destinos sobrenaturales de esta Diócesis, la estimamos como un beneficio imponderable; nos sentimos, pues, contentos, honrados y felices, en tener un padre tan bueno, tan excelente como Vos.

En cambio os pedimos, ¡oh amadísimo Señor nuestro!, que así como nosotros aceptamos gustosos el padre que nos ha deparado el cielo, así también hagáis Vos, gustoso y con magnanimidad, el sacrificio que os exige Dios de tenernos como hijos en vuestro corazón, en vuestro afecto. Que vivamos todos al abrigo de vuestro afecto paternal, de un afecto franco y generoso; al calor de un amor sobrenatural sincero y firme, abnegado y constante; de modo que no pase jamás, ¡no lo permita el cielo! que vengáis un día a arrepentiros de haber fijado vuestra residencia en nuestro pobre y humilde hogar, en nuestra modesta compañía, que nada puede ofreceros sino adhesión, respeto y amor, francos, sinceros, leales sí; pero dignos, muy dignos, como es el alma de los hijos del Norte, acaso muy seria y grave, quizás un tanto esquiva, adusta y fría; pero muy sincera sí, grandemente sincera, franca hasta lo más en sus acciones. Os confesamos ingenuamente que nada mejor podéis ofrecernos, ni nada mejor podemos nosotros esperar de Vos, que el que tengáis la gran caridad de amarnos en todo tiempo, de amarnos hasta el fin, amarnos con un amor de compasión, con un amor de misericordia, caridad ciertamente heroica, abnegada caridad, caridad inmensa, ya que, sin duda, os aguardan aquí muchos sufrimientos. ¡Oh el alma de este pueblo, del pueblo de la Diócesis; el alma, sobre todo, del clero, que no tiene ni puede tener más afectos que los del orden sobrenatural, tiene ansias vivas, ansias locas, de un amor bueno, de un amor casto, de un amor santo, ansias de amar y ser amado! Quitadle este amor; y la vida se tornaría para él en un sepulcro, desierto, frío, frío con un frío glacial, en el que se vive muriendo!

Más si nos amáis, vivís contento en medio de nosotros, como lo esperamos, con mayor razón entonces, cuidaríamos, también nosotros, de atenuar vuestros pesares, endulzar vuestras congojas; y las atenuaríamos y las endulzaríamos con

obediencia y amor rendidos. Sí, en verdad os amaríamos entonces más, mucho más; y este amor, recíproco y constante, del pueblo hacia Vos y de Vos hacia el pueblo, haría por una parte, amable vuestra cruz; haría que ello sea lo que es en realidad el yugo del Señor, no un yugo intolerable, sino un yugo suave; haría que vuestra carga sea lo que es la carga que el Señor confía, no una carga pesada y dura, sino una carga ligera; y haría también de la obediencia, de la obediencia que os deben vuestro clero y pueblo, una obediencia, como es el yugo, como es la carga del Señor, ligera, suave.

¡Ah entonces! llevaréis un día, si, por desgracia, llega ese día en que os separéis de nuestro lado, llevaréis, sin duda, recuerdos gratos, como los llevaron, por ejemplo, los González Calisto, González Suárez, Prelados de gratísima recordación, que tanto amaron a su Diócesis y a su clero, que tanto amaron a Ibarra.

Ilustrísimo Señor, pongo término a estos mal trazados pensamientos, dedicándoos un saludo, un nuevo saludo, entusiasta, ferviente, en el que quisiera se reflejara el alma toda de vuestro clero, que os ama y admira.

Nada mejor que este saludo se traduzca por una nueva explosión de afecto, que la condenso en pocas, pero vibrantes exclamaciones: ¡Viva nuestro Ilmo. Prelado!

¡Viva nuestro amadísimo Padre el Ilmo. Alberto María Ordóñez Crespo!

¡Que viva siempre en el alma, en el corazón, en el recuerdo de sus diocesanos todos, de su clero en especial!

¡Que viva honrosamente, gloriosamente, contento y feliz, en la Sede ibarrense; y, más tarde se perpetúe su nombre, como gloria de la Iglesia y la Patria, en las inmortales páginas de la Historia!

*Luis Enrique Pérez, Pbro.*

*Ibarra, Diciembre 13 de 1917.*